

colección

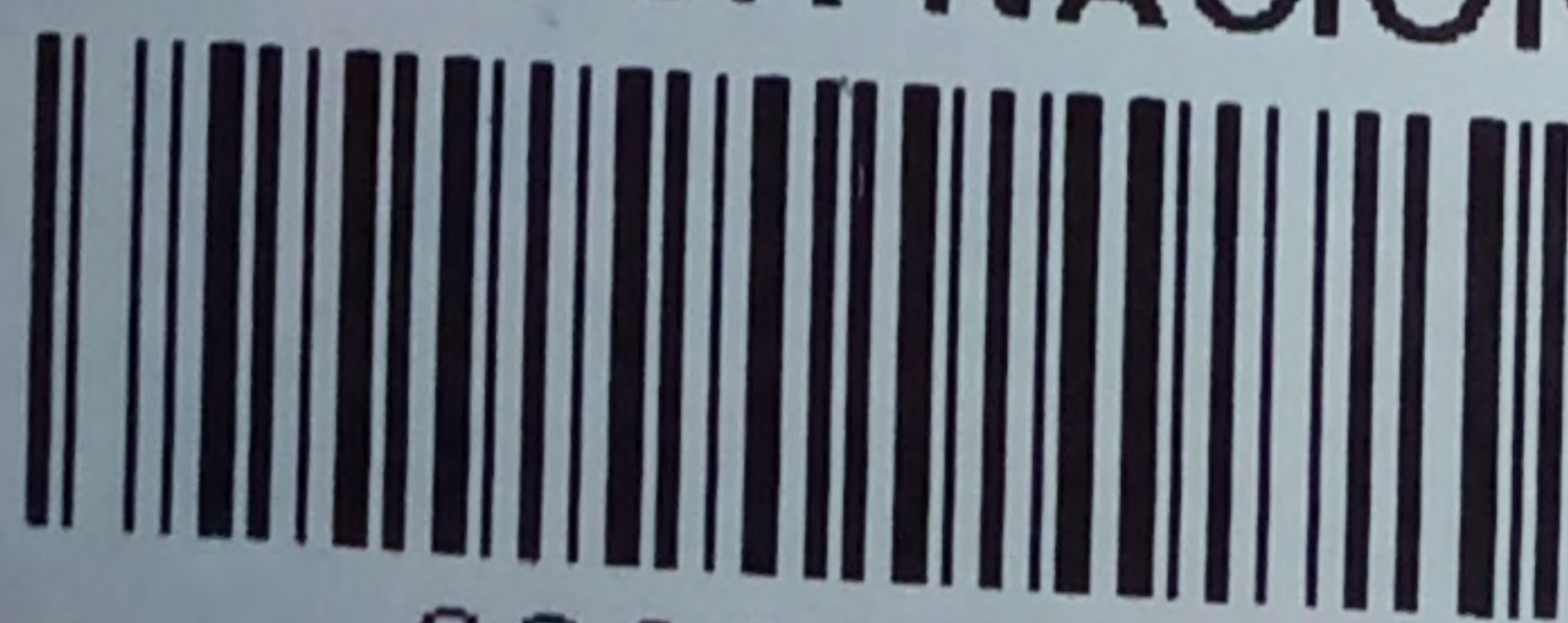
**DESPERTAR  
DE  
AMERICA LATINA**

Salvador Allende

**PUNTA DEL ESTE**

la  
nueva  
estrategia  
del  
imperialismo

BIBLIOTECA NACIONAL



00801638

DIALOGO S. R. L. - MONTEVIDEO

**Colección**

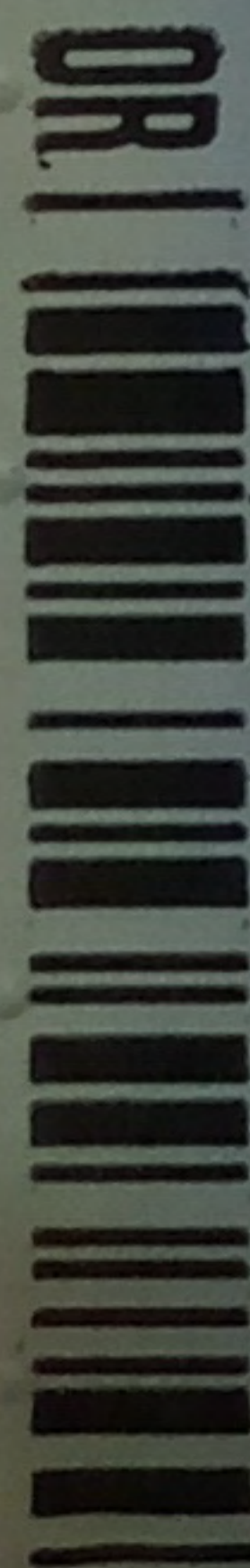
**DESPERTAR DE AMERICA LATINA**

**Volúmen 1**

**Salvador Allende**

**PUNTA DEL ESTE**

**la nueva estrategia del imperialismo**



Colección

## DESPERTAR DE AMERICA LATINA

### NOTA DEL EDITOR

*Las primeras décadas del siglo XIX quedarán señaladas en la Historia, por las luchas y sacrificios de los pueblos latinoamericanos, por su independencia. La independencia política, formal, fue conseguida al precio de derramar mucha sangre, escribiendo páginas de epopeya y de desinterés ejemplarizante. La historia de los libertadores —Artigas, San Martín, Bolívar, Tiradentes, O'Higgins, Hidalgo, Martí— y tantos otros héroes, se inscribe entre las más bellas y épicas de la humanidad. A pesar de la gesta y del valor, la causa fue perdida y el ideal de los libertadores, frustrado. Liberados los pueblos del yugo colonialista de España y Portugal, pasaron a integrar el grande imperio de la época: el inglés.*

*Para poder dominar con más facilidad a nuestros pueblos y refinar la explotación, Canning y sus sucesores o "herederos de las riquezas ajenas", lograron la complicidad de las oligarquías nativas, consiguiendo la "balcanización" del continente al Sur del Río Bravo. La Patria Grande, soñada y defendida por los libertadores, se esfumó en la trai-*

ción y la entrega. La sombra augusta de los libertadores, inspiró los cantos más sublimes y la erección de monumentos; sus nombres aparecieron en todas las calles y en los centros de enseñanza; varias generaciones aprendieron a exaltarlos. Pero la voracidad del imperio inglés, con su capital financiero, prosiguió la "conquista" de los invasores españoles y portugueses. ¡Y duró casi un siglo y medio!

La descomposición del imperialismo inglés, —acelerada por los acontecimientos de la II Guerra Mundial, no significó, sin embargo, más libertad y menos expoliación para los pueblos latinoamericanos. Cada paso atrás del imperialismo británico, correspondió una presencia y un avance, más intenso si cabe, del flamante imperialismo yanqui. Llegamos, así, a esta segunda mitad del siglo XX, con una América Latina transformada en coto de caza del TIO SAM y los latinoamericanos en su proletariado externo.

Toda esta angustiosa realidad histórica, provocó en el pasado y en el presente, una creciente resistencia de nuestros pueblos, y un rápido proceso de conciencia, ofreciendo nuevos mártires a esta implacable tiranía sin fronteras. En 1959, la triunfante Revolución Cubana causó en los pueblos una conmoción, demostrándoles la posibilidad de deshacerse de la opresión. El Uruguay saludó a Fidel Castro, en la Explanada Municipal, el 4 de mayo de 1959, aplaudiendo su frase plena de energía y emoción: "No podrá haber pan sin libertad, ni libertad sin pan". Este hecho histórico, irreversible, produjo, con posterioridad, la reacción intensa y

bélica del imperialismo yanqui. Ante el temor de sucesivas repeticiones semejantes, los norteamericanos comenzaron a incentivar y prestigiar la institucionalización de los regímenes militares, en una tentativa de mantener, por más tiempo, su dominio y explotación. Vimos, así, a la mayoría de los países de Latinoamérica caer bajo la bota militar. El sable refulgió, en nombre de la "democracia". Las fuerzas armadas nacionales, —brazos armados de las oligarquías nativas,— de esos países, se transformaron gradual pero firmemente, en una gendarmería al servicio del imperialismo. La brutal intervención en Santo Domingo, representó en los hechos la guillotinización del principio de NO Intervención, que aparecía como un derecho de los pueblos latinoamericanos. Es conveniente, afirmar, que dicho principio había sufrido antes en la Conferencia de Costa Rica, Buenos Aires y Punta del Este, las respectivas actas de defunción.

La ocupación se procesó, en una forma más extensiva y brutal. Casi sin disfraz, a cara descubierta. Las reglas del juego del imperialismo, impuestas por el Fondo Monetario Internacional y aceptadas por las oligarquías nacionales, por su cuota de poder, alargaron su brazo con el clásico garrote de Teodoro Roosevelt o la doctrina de Monroe, a fin de perpetuar para nuestros pueblos el subdesarrollo, la miseria en tierras inmensamente ricas. Es necesario para la receta del F.M.I., que los pueblos latinoamericanos coman menos, habiten en ranchos miserables, vistan harapos, no logren

alfabetizarse y mueran más, para que el "boom" económico continúe en los Estados Unidos.

El agravamiento de la expoliación, sumado a los privilegios de las oligarquías locales, —transformadas en simples clases-agentes del capital monopolista internacional,— llevará, inevitablemente y a corto plazo, a la eclosión de un proceso revolucionario violento y de ámbito continental.

Es el derecho revolucionario, el más sagrado de los pueblos a los que se desconoce el derecho a vivir en su propia tierra, aprovechando sus propios recursos naturales. Es la réplica a tantas ignominias e indignidades. Es su última garantía, para resistir las injusticias y las violaciones de su soberanía.

Aún cuando muchos no lo quieran comprender, por intereses, por oportunismo o simplemente por miedo, se aproxima en América Latina, rápida e inexorablemente, la SEGUNDA GUERRA DE INDEPENDENCIA, dentro de la lucha por la liberación de todos los pueblos, en la concepción doctrinaria del TERCER MUNDO.

Uno de los mayores obstáculos que se anteponen para la unidad de los pueblos latinoamericanos, —unidad indispensable para la victoria sobre el enemigo común,— es el desconocimiento casi total que aún los más ilustrados, tienen sobre las realidades y marcha de cada uno de los países y sus hombres. En este sentido, ha sido muy eficaz la acción del imperialismo y de las oligarquías nacionales.

El desconocimiento de nuestras realidades y las versiones históricas oficiales, no podrán seguir formando el cuadro auténtico de cada Nación, para proyectar desconfianzas entre los pueblos latinoamericanos. Ellas, cumplieron su ciclo de traiciones. Ahora toca arrojarlas lejos de la costa de nuestros entendimientos. Para que no estorben más. Ya han hecho demasiado daño.

Todos hoy en América Latina, estamos comprometidos, en dos frentes nítidamente diferenciados: **CON O CONTRA EL IMPERIALISMO.**

La publicidad más aplastante no podrá ocultar esta verdad. Por fina dialéctica que se utilice y por muchos millones de dólares que se distribuyan para comprar conciencias, siempre reflotará la miseria, el desamparo y la muerte prematura de la mayoría de los latinoamericanos. Ningún plan de reformas servirá, sin ganar previamente esta batalla contra el imperialismo y por nuestras independencias. No habrá bienestar individual estable, sin el resurgimiento de una vida colectiva, en el campo y en la ciudad, de **TODOS** los latinoamericanos. Este, es nuestro compromiso histórico.

Se impone, pues, el **DIALOGO**, el diálogo entre nuestros pueblos, como un hecho fundamental e impostergable. Del cambio de ideas, experiencias y sufrimientos, surgirá la **HISTORIA NUEVA** de América Latina. Esta, sí, una **HISTORIA** con mayúscula. Será ella completamente distinta a las groseras falsificaciones inventadas por la historiogra-

fía oficial de cada País y también una teoría revolucionaria auténtica, que nos conducirá por los caminos de la liberación.

Los movimientos **NACIONALISTAS REVOLUCIONARIOS Y POPULARES**, que hoy luchan aisladamente y, en una posición de inferioridad, se unificarán en el proceso de la lucha, constituyendo una fuerza invencible que destruirá la estructura imperialista y oligárquica. El nacionalismo de cada pueblo latinoamericano, se transformará en un nacionalismo popular y revolucionario latinoamericano, o sea, una forma auténtica de internacionalismo y justicia social. De un internacionalismo verdadero, sin pueblos líderes y pueblos satélites. De una justicia social que suprimirá la miseria y la explotación del hombre por el hombre. Todo será una demostración fehaciente, para los imperialistas yanquis, que encontrarán su destino final, en el pensamiento de uno de sus hombres más representativos: Tomás Jefferson, al expresar: "El árbol de la libertad necesita ser regado de vez en cuando con sangre de tiranos. ES SU ABONO NATURAL".

"EDITORIAL DIALOGO", al iniciar la publicación de esta Colección "DESPERTAR DE AMERICA LATINA", bajo el lema de "AMERICA LATINA PARA LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS", se propone, con humildad revolucionaria, contribuir al conocimiento divulgando tesis y ensayos auténticamente nuestros, no meras traducciones de teorías importadas o mecá-



*nicamente aplicadas, para la formación de este ideario supranacional de los pueblos de Latinoamérica.*

*Abrimos esta colección con el pensamiento del líder socialista chileno, —actual Presidente del Senado de su país,— SALVADOR ALLENDE. Por su definición ideológica auténtica y por sus siempre valientes posiciones de lucha, conquistó un lugar de importante señalamiento entre los líderes populares y revolucionarios de nuestra América Latina. Es innecesario, por tanto, presentarlo. ¿Quién no lo conoce? Las clases populares, como un combatiente auténtico e incansable de sus causas. Los enemigos de la liberación de los pueblos, como un adversario tenaz e incorruptible.*

*La Conferencia que pronunció en la Universidad del Uruguay, el 13 de abril de 1967, tiene una actualidad trascendente, como demostración de la farsa minuciosamente montada para la Conferencia de Presidentes en Punta del Este. Veremos, en detalle, la nueva estrategia del imperialismo para la América Latina. ALLENDE autorizó, expresamente, la publicación de este libro.*

*CON LA PALABRA, SALVADOR ALLENDE.*

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA  
UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA POR EL  
DOCTOR SALVADOR ALLENDE,  
PRESIDENTE DEL SENADO DE CHILE.

La Universidad constituye en sí — por sus funciones y su papel en el desarrollo de los países— el sitio cuya misión fundamental es concretar el más enaltecido afán del hombre: la búsqueda de la verdad. Y, además, es el centro desde el cual esta misma verdad debe extenderse, sin concesiones ni compromisos, hacia todos los ámbitos. Por eso, con enorme satisfacción de latinoamericano, no he vacilado en recoger la tarea que la Universidad de la tierra de Rodó me ha asignado, para que hable en esta oportunidad. Para enfrentar semejante esfuerzo, me apoyo sólo en un antecedente: mi condición de hombre de América. Y también de político que mide por su diaria experiencia que nuestros pueblos buscan —con más urgencia que jamás— la verdad para marchar con ella como arma hacia el destino que los libere de la dramática existencia en que hoy desenvuelven su trayectoria cotidiana.

A esta misma hora, en este mismo territorio de América Latina, en Punta del Este, se celebra una reunión política en la cual se procura escamotear la verdad a que tienen derecho los pueblos del Continente. Se pretende agravar y perpetuar, a través del engaño como índice, la situación que ensombrece, no a Bolivia, no a Panamá, no a Chile, no a Uruguay, no a Brasil, no a Argentina,

sino con terrible amplitud y profundidad a toda América Latina.

Aunque resulte ingrato traer a este centro del pensamiento libre, esta Universidad, la referencia de ese aquelarre de Punta del Este, no puedo cerrar los ojos ante la fría elocuencia de los hechos. Ansío contribuir a derrotar al engaño.

Agradezco, pues, señor Rector, la oportunidad que se me ha brindado, merced a la genuina comprensión y amplitud de juicio de quiénes inspiran las actitudes de esta Casa.

Esta devoción de la Universidad Uruguaya por la causa de América, no constituye un acto nuevo. Responde a una vocación mantenida a través del tiempo.

Un breve ejemplo: hace seis años, lanzaron desde esta misma tribuna su mensaje el entonces Ministro de Industrias de Cuba, Comandante Ernesto "Che" Guevara — el de la ausencia presente y enclavado hoy en misión revolucionaria en algún tramo de la geografía nuestra — y también Josué de Castro, el economista que exhibió la cruel magnitud del hambre. Y también yo dejé oír mi voz, al igual que hoy, en esa ocasión. Como siempre, el pueblo uruguayo supo que la lucha por la liberación implica sacrificios, dolor y muerte. Rindo mi emocionado homenaje al maestro que fuera asesinado hace seis años en la puerta de la Universidad por fortalecer, con su prestancia de intelectual, el significado y proyecciones de los actos cumplidos para desenmascarar lo que entonces —al

igual que hoy— se gestaba: la preeminencia norteamericana, a través de su Alianza para el Progreso. Recuerdo también conmovido, al Gran Rector Cassinoni, cuyo ejemplo se mantiene y se acrecienta.

En nombre de la juventud de Chile rindo, asimismo, mi homenaje a esta Casa de Estudios, por la acogida que en sus aulas ha brindado a quiénes en su propia tierra no fueron oídos en su lucha por "Universidad para todos" y cuyo noble afán aparece hecho realidad en el Uruguay.

Por lo de ayer, por lo de ahora, por todo esto y por el mañana, Gracias, señor Rector. Gracias Sr. Vice-Rector por las generosas palabras y gracias Sr. Decano, Profesores y alumnos por su presencia en este acto.

Si la acción de esta Universidad es una respuesta a esa torva reunión de Punta del Este, también desde otros muchos sitios de este continente torturado, millares de hombres libres —a través de los más dispares medios de lucha— lanzan su anatema contra los enemigos de la justicia, de la verdad y del progreso y que con su perseverancia obcecada de procurar detener la historia, niegan al hombre común —a la mayoría de nuestra gente— el derecho a incorporarse como genuino protagonista a la fascinante trayectoria que la ciencia y la técnica abren a la humanidad de hoy.

¡Cuán extraordinaria diferencia entre esta Tribuna y la que se erige en Punta del Este! Aquí, los hombres libres; aquí, lo mejor de este pueblo

uruguayo; allá, masas de policías venidos de los más diversos sitios de América, controlándolo todo. Aquí, nosotros, con la serenidad que imprime saberse sinónimo de justicia. Allí, muchos empalidecidos por el temor. ¿El temor a qué? El temor a qué... ¡Ah! ¡Simplemente el temor... a sus propios pueblos...! Tremendo castigo para quienes olvidan que su misión se justifica sólo en la medida que se es gobernante por el pueblo y para el pueblo.

Pero todas las precauciones son pocas. Eso lo supo antes el Vicepresidente Nixon; hoy lo mide en carne propia el Vicepresidente Humphrey, quién, en jira que difícilmente olvidará, ha recogido el repudio de los pueblos de Europa que, a pesar del desgaste de sus conciencias tan fatigadas, no aceptan la agresión de la más grande potencia del Universo contra una nación pequeña, heroica y digna, como el Viet Nam.

Es obligación de los pueblos reaccionar cada vez que el engaño pretenda alzarse para posponer la verdad. Es bueno que los pueblos de Europa castiguen al Vicepresidente de Estados Unidos con su repudio y con su desprecio. Es muy bueno; es magnífico, que esta Universidad haya denunciado, sin equívocos, en su declaración sobre la reunión de Punta del Este lo que realmente esconde esa conferencia. Para ella, la representatividad no existe en múltiples casos.

Johnson no representa la palabra de Walt Whitman ni podría repetir sin sonrojo la oración de Lincoln en Gettysburgh.

Nadie exhibe en Punta del Este la sombra de Bolívar, el grande, el libertador de pueblos que murió pensando que había sembrado en el mar, porque comprendió, como lo anunciara proféticamente, que *“Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miserias, en nombre de la Libertad”*.

Y allí no estará representada la Cuba de José Martí. Y debía estarlo y —lo que es más— podría estarlo con noble autenticidad. Pero a pesar de que nadie estará en condiciones de repetir en Punta del Este lo que aseveraba Martí, los pueblos de América lo reiteran con su actitud de rebeldía, en sus calles, en sus plazas, en todos los sitios en que hay conciencia política esclarecida. Y, aunque se la quiera silenciar, la voz de Martí reprocha, acusa:

*“En nombre de nuestra América no puede haber Caines. Nuestra América es una. Pero la otra América —la rubia— se negó a firmar el proyecto que declara eliminada para siempre del derecho público, la conquista. ¿Cuál será el pueblo de América que se niegue a declarar que es un crimen la ocupación de la propiedad de un pueblo hermano, que se reserva a sabiendas el derecho de arrebatar por la fuerza su propiedad a un pueblo de su propia familia?”*

*“¿Chile, acaso? No; Chile vota contra la conquista. ¿Méjico, tal vez? Méjico no. Méjico es tierra de Juarez y no de Taylor.*

*“Y uno tras otro, los pueblos de América votan en pro del proyecto contra la conquista. Sí, dice*

*cada uno y cada uno lo dice más alto. Uno solo no resuena: el NO de los Estados Unidos”.*

Eso dijo, Martí.

## EL CADAVER DE LA ALIANZA

Ahí, en Punta del Este, se está tratando de revivir el fantasma de la Alianza para el Progreso. Se está preparando la nueva consigna publicitaria para engañar a los pueblos del Continente, abusando de la alta dosis de analfabetismo en que se les ha mantenido sepultados.

La Alianza para el Progreso, como lo anticiparon los espíritus lúcidos de América Latina, nació muerta. Sólo vivió en la esperanza de nuestros pueblos que, engañados, creyeron que ella les significaría ocupación, alimento, techo, salud, seguridad social, educación, cultura y esparcimiento. Hace seis años, en 1961, en este mismo lugar de Punta del Este, los encargados de los diversos gobiernos del Continente practicaron un descarnado recuento de la miseria de América Latina, para extender la mano en pos de la propina. Y en el terreno político, se puso el acento en “la democracia representativa”.

El Cmdte. Ché Guevara, personero del Gobierno de Cuba, dijo entonces:

*“Ya sabemos todos el íntimo sentir del Departamento de Estado Norteamericano: “Es que hay que hacer que los países de latinoamérica crezcan, porque si no, viene un fenómeno que se llama*

*“castrismo” que es tremendo para los Estados Unidos”.*

*Pues bien, señores, hagamos la Alianza para el Progreso sobre esos términos: que crezcan de verdad las economías de todos los países miembros de la Organización de Estados Americanos; que crezcan, para que consuman sus productos y no para convertirse en fuente de recursos para los monopolios norteamericanos; que crezcan, para asegurar la paz social, para crear nuevas reservas para una eventual guerra de conquista; que crezcan para nosotros, no para los de afuera. Y a todos Uds. señores Delegados, la Delegación de Cuba les dice, con toda franqueza: queremos dentro de nuestras condiciones, estar dentro de la familia latinoamericana; queremos convivir con Latinoamérica; queremos verlos crecer; si fuera posible, al mismo ritmo en que estamos creciendo nosotros, pero no nos oponemos a que crezcan a otro ritmo. Lo que sí exigimos es la garantía de la no agresión para nuestras fronteras.*

*No podemos dejar de exportar ejemplo, como quieren los Estados Unidos, porque el ejemplo es algo espiritual que traspasa las fronteras”. Y agrega: “Lo que no podemos asegurar es que la idea de Cuba deje de implantarse en algún otro país de América y lo que aseguramos en esta Conferencia, a la faz de los pueblos es que si no se toman medidas urgentes de prevención social, el ejemplo de Cuba sí prenderá en los pueblos y, entonces sí, aquella exclamación que una vez diera*

*mucho que pensar, que hiciera Fidel un 26 de julio y que se interpretó como una agresión, volverá a ser cierta. Fidel dijo que si seguían las condiciones sociales como hasta ahora, "la Cordillera de los Andes sería la Sierra Maestra de América".*

Finalmente expresó: "Nosotros señores Delegados llamamos a la Alianza para nuestro Progreso, la Alianza pacífica para el progreso de todos. No nos oponemos a que nos deje de lado en la intervención en la vida cultural y espiritual de nuestros pueblos latinoamericanos, a los cuales pertenecemos.

*Lo que nunca admitiremos es que se nos coarte nuestra libertad de comerciar y tener relaciones con todos los pueblos del mundo, y de lo que nos defenderemos con todas nuestras fuerzas es de cualquier intento de agresión extranjera, sea hecho por la potencia imperial o sea hecho por algún organismo latinoamericano que englobe el deseo de algunos de vernos liquidados".* Seis años después —fracasada Playa Girón— asoma la amenaza del Ejército Interamericano de Paz. Además, aparece justa la expresión "Letrinocracia" con que el Ché Guevara motejara el desarrollismo de la Alianza para el Progreso.

Personalmente, afirmé en un documento dirigido a la Central Unica de Trabajadores de mi Patria, en agosto de 1962:

"Además, se ha dicho que envuelve la Alianza compromisos políticos en favor de Estados Unidos. Esta afirmación ha sido negada; pero en un reciente discurso pronunciado por el Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, el 27 de ju-

nio último, en la Escuela de Verano de la Universidad de Georgetown, se encaró abiertamente la materia, precisándose que se trata, antes que nada de una "gran empresa política" que tiende a crear un grupo unitario de países fuertes para la defensa de los valores éticos y espirituales del hombre y para el avance de la comprensión internacional".

En dicho mensaje agregaba yo: "Se ha reforzado en nuestro hemisferio que la Alianza para el Progreso no puede ser tal mientras no se de solución al problema básico que caracteriza a la mayoría de nuestros países: su empobrecimiento por el régimen de inestabilidad que rigen los precios de venta de las materias primas que nosotros producimos y que, por hallarse precisamente en manos del imperialismo norteamericano, nos causa un enorme deterioro por el sistema de coacción que en ellos impera. Mientras América Latina no obtenga que sus productos esenciales alcancen una retribución justa, al margen de las presiones de los trust financieros, el deterioro nacional decrecerá, según las circunstancias; pero siempre se producirá. El caso del cobre chileno, tal vez uno de los elementos más defendibles por la extraordinaria posición nuestra como productor mundial, es clarísimo. Se calcula que el monto total de la inversión norteamericana de la alianza, que ascendería a 20 mil millones de dólares es inferior al drenaje de dólares, que se opera desde nuestros países hacia Estados Unidos, por las rutas invisibles de la presión imperialista, en el mismo lapso".

Finalmente, sostuve: “la experiencia revela, por el desarrollo cuanti y cualitativo sin paralelos, alcanzado por los países socialistas —entre ellos Cuba en breve lapso— que el factor decisivo del avance social depende de las condiciones políticas; de las relaciones de producción; de la mejor aplicación de las reservas y excedentes económicos, y del grado de autonomía que se tenga frente a los intereses externos. El dinero es uno de los tantos factores; pero es hasta secundario ante la movilización general para el progreso”.

Cinco años después, uno de los agentes encargados de manejar ese plan publicitario que pasó a ser en la realidad, la Alianza para el Progreso, el economista brasileño Rómulo Almeyda, al renunciar a su cargo de “Supersabio”, de la conocida nómina de “Los 9 sabios”, estableció en un documento dirigido al Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) de la OEA:

*“Al sumarse este nuevo hecho a ciertos antecedentes, se justifican las sospechas de que la independencia del Comité —se refiere a la Nómina de los nueve— usada para elaborar recomendaciones y opiniones incómodas para la actual política oficial del Departamento de Estado, había dejado de ser tolerable no obstante estar inspirada por la idea de cumplir con la Carta de Punta del Este y de esa manera, mejorar el papel y la imagen de los Estados Unidos en el continente”.*

Ese fue el único y verdadero papel de la Alianza para el Progreso. Mejorar la imagen de los Estados Unidos en el Continente, después de que éste había

conocido la revolución Cubana como el más demostrativo de los ejemplos.

Por si aún hubiese alguna duda de la intención política que alentó el Gobierno de Estados Unidos al imponer la Alianza para el Progreso, esta frase de la misma carta de Rómulo Almeyda la aclara en definitiva: *“En cuanto a los países latinoamericanos es cierto que a veces adoptan el supuesto de que tienen más poder en las negociaciones bilaterales, lo que circunstancialmente puede ser verdad, aunque sin percatarse de que este método aumenta el precio político que se ven obligados a pagar”.* Y del resultado económico de la Alianza para el Progreso, nada mejor que recurrir a la ilustración que el mismo Rómulo Almeyda entregó en su carta, porque ella encierra la síntesis del conocimiento de quién pudo investigar de cerca sus verdaderas proyecciones. Almeyda dice: *“En lo que concierne al comercio, ningún éxito importante para América Latina, es consecuencia de la Carta. Ni las mejorías pasajeras han resultado a la Alianza, ni los empeoramientos han encontrado resistencia a ellas”.*

Y Almeyda agrega: *“En términos brutos la colaboración financiera externa ha aumentado a partir de la Alianza; en términos netos, ha disminuído”.*

Y finalmente otra cita del documento de Almeyda: *“Como veremos, las finalidades básicas de la Alianza no se han cumplido en estos cinco años de la Carta de Punta del Este y dos años de existencia del CIAP”.*



## LA DURA EXPERIENCIA DE LOS HECHOS

América Latina perdió la esperanza que le hizo alentar la publicidad de la Alianza para el Progreso. Eso lo saben sus creadores. Están conscientes, a través de las múltiples encuestas que hacen en el Continente, y con las cuales perforan la vida privada y la intimidad de los ciudadanos, que América Latina se halla decepcionada. La frustración aparece, desnuda, ante los ojos de todos los observadores honestos.

Este fenómeno de descapitalización de su prestigio, es muy grave para la política del actual Gobierno de los Estados Unidos. Comprueba que Europa se halla también decepcionada. El Gobierno del Presidente Johnson sabe que en la Alemania Federal —otrora aliada suya incondicional— se opera una transformación que la aleja de su lado. Sabe que las tropas de la OTAN debieron abandonar Francia. El Vicepresidente de los Estados Unidos se ha familiarizado en su jira europea con el clamor que es uno de los símbolos de nuestra hora: "*Yanky, go home*".

Pero el gobierno de los Estados Unidos requiere en la actualidad el apoyo de aliados incondicionales, porque afronta la crítica universal por su agresión al pueblo de Viet Nam.

Lo que ocurre aceleradamente, suscita un problema interno al Presidente texano y que se encuentra ante un veredicto próximo de las urnas —el año venidero— en sus pretensiones de resultar reelecto.

Johnson necesita apoyo y espera encontrarlo en los gobernantes de América Latina. Por eso, ha preparado la reunión de Punta del Este.

Pero, a pesar de la solidaridad oficialista, sabe Estados Unidos que este apoyo se torna cada vez más sin sentido real, porque los pueblos latinoamericanos saben también ya lo que en realidad es la Alianza para el Progreso. Y capta que la protesta, hasta ahora contenida por todos los medios, puede mostrarse irresistible.

Por eso, el Gobierno de los Estados Unidos ha aceptado rodear con un halo de esperanza la reunión política de Punta del Este. Eso explica la agenda de seis puntos, entre los cuales se cuenta uno que es el símbolo del fariseísmo moderno: la limitación de armamentos "innecesarios". ¿Cuáles serían los necesarios? Sólo aquellos destinados a reprimir los movimientos de protesta de los pueblos. Es decir: armas para las "fuerzas especiales", entrenadas por el Pentágono para aplastar a los campesinos que piden tierra y pan; para arrasar a los obreros y empleados que exigen mejores salarios; para aniquilar a los pueblos que aspiren a conquistar su independencia. Para esas fuerzas especiales, sí que habrá armas; pero no para que los ejércitos cumplan con la función para la cual fueron creados desde los albores de la historia: para defender la soberanía de los países.

La historia de esta reunión de Punta del Este es torva como toda la historia de la Organización de los Estados Americanos. Tiene sus orígenes en el viejo y negociado principio "doy para que me

des". En julio de 1954, Estados Unidos derribó al gobierno constitucional de Guatemala. En diciembre de ese año, Estados Unidos convocó a los gobiernos latinoamericanos a una reunión económica, para cubrir con esperanzas el delito cometido.

El 13 de marzo de 1961, Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso. El 16 de abril, el gobierno de Estados Unidos intentó invadir Cuba. En agosto, ese mismo gobierno ofreció la Alianza para el Progreso para ocultar el crimen fracasado.

En abril de 1965, el gobierno de los Estados Unidos agredió al pueblo dominicano. En noviembre de 1965, ese mismo gobierno aceptó, en la Conferencia de la OEA de Río de Janeiro, que se introdujeran modificaciones económicas a la Carta de los Estados Americanos.

En 1967, el gobierno de los Estados Unidos, pidió a los gobiernos latinoamericanos que instalen una fuerza policial contra sus pueblos: "la Fuerza Interamericana de Paz", impetrando, además, apoyo para su agresión en Viet Nam. A cambio de todo esto, ofrece la actual reunión de Punta del Este en la que enuncia una nueva esperanza publicitaria: la integración económica.

Hace seis años en Punta del Este se proyectó la Alianza para el Progreso. Seis años después podemos hacer un amargo recuento económico, social y político del continente.

Se planteó la Alianza para el Progreso como un esfuerzo conjunto para mejorar rápidamente las condiciones de vida de la población y acelerar el ritmo de crecimiento económico de los países la-

tinoamericanos, y hasta se firmó el compromiso de alcanzar metas mínimas de crecimiento del 2,5% anual en el ingreso por habitante.

En los hechos, no sólo se ha estado muy lejos de cumplir esa meta, que no era nada de espectacular, sino que además, en lugar de acelerarse, disminuyó sustancialmente el ritmo de crecimiento económico.

Las cifras de la CEPAL revelan que la tasa de aumento del producto por habitante fue de 2,5 % como promedio anual en el período 50-55; disminuyó a 1,8 en 1955-1960, y desde que se puso en marcha la Alianza se redujo todavía más, resultando de apenas 1,3 % como promedio en los años 60-66.

Invito a meditar sobre estos datos que son lapidarios.

Desde que se puso en vigor la Alianza, América Latina ha avanzado económicamente a uno de los ritmos más bajos de este siglo. Poco, muy poco, ha podido así ganar la población latinoamericana y algunos sectores, incluso, han empeorado visiblemente su situación. Por ejemplo: se estima que en 1960 el desempleo abierto y disfrazado, en forma de servicios marginales, afectaba a dos millones de personas, en tanto que en 1965 afectaba a 3,2 millones de trabajadores americanos, cifra que no ha disminuído en 1966. También esta comprobación es tremenda.

¡Desolador recuento después de seis años de ebriedad publicitaria! Veamos otro antecedente: Antes de la Alianza, en el período 1951-1960, la

*entrada neta de capitales extranjeros llegó a un total de once mil millones cuatrocientos mil dólares; pero, en el mismo período, las salidas por pago de intereses y utilidades de empresas extranjeras representaron once mil millones de dólares, de manera que en esos 10 años el aporte neto de los capitales extranjeros no llegó a los cuatrocientos millones de dólares. Pero hay un hecho más grave todavía, si ello es posible. Durante ese lapso, América Latina perdió, por el empeoramiento de los términos del intercambio, más de nueve mil millones de dólares.*

La Alianza no mejoró sino, por el contrario, empeoró aún más este cuadro. En los cinco años comprendidos entre 1961 y 1965 plena vigencia de la Alianza, *las entradas netas representaron seis mil ochocientos millones de dólares, mientras las salidas por intereses y utilidades fueron más de ocho mil millones de dólares.*

Por lo tanto: no hemos recibido un aporte de capitales. Hemos experimentado una salida neta de fondos por más de mil millones de dólares en esos cinco años, sin contar las pérdidas por términos de intercambio. Cabe preguntarse ¿Dónde reside la ayuda, la cooperación por la que estamos pagando precios tan altos e hipotecando además nuestro futuro y nuestra soberanía?

Si miramos el comercio internacional llegamos a la conclusión de que también, lentamente, nos ha ido mal —muy mal— durante los años de la Alianza.

Nuestra dependencia del imperialismo norteamericano nos impide el acceso a un comercio mundial más amplio y más significativo. La Alianza para el Progreso no ha reportado más ayuda financiera para nuestro Continente. Tampoco ha implicado mayores oportunidades de participación en el comercio mundial y ni siquiera en el mercado de los Estados Unidos.

Así, en 1961 al inicio de la Alianza, los productos latinoamericanos representaban el 27,7 % de las importaciones totales de Estados Unidos; en 1966, no llegaron a representar el 16 %.

En ese mismo período, se produjeron aumentos considerables de la participación de todas las otras áreas poco desarrolladas en el comercio mundial y, en especial, se amplió enormemente el comercio exterior de los países socialistas. Pero América Latina no se beneficia en nada con tal expansión y su cuota representa cada vez menos en el comercio internacional.

Si se hubiera mantenido la participación en ese comercio que tuvimos en 1961, ello habría representado muchos millones de dólares más de ingresos por exportaciones, sin endeudamiento y sin entreguismo a los intereses norteamericanos.

Nada cambió en este período de la Alianza. Se nos compró menos; se nos pagó peor y se nos siguieron imponiendo las mismas condiciones colonialistas de otras épocas. Un buen ejemplo de ello lo ofreció el Presidente del Comité de Agricultura de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, al discutirse el acta del azúcar para 1965,

al sostener que las cuotas que se asignaran a los países latinoamericanos dependerían del grado de apoyo a la política exterior de los Estados Unidos que cada uno de ellos pusiera de manifiesto en la OEA, en las Naciones Unidas y en otros organismos internacionales, y la capacidad de cada uno de esos países para comprar excedentes agrícolas norteamericanos.

La réplica a esta coacción no será mía, la voz de Artigas me servirá. Ojalá alguien en Punta del Este oyera al prócer uruguayo.

Dijo Artigas: *"Los pueblos revestidos de dignidad y resumiendo en sí sus derechos, se hallan en oportunidad de expresar sus votos, fijar sus pactos y decidir los intereses de la nación. Todos debemos conformarnos a este principio, que será elemental y precursor de la libertad de América"*.

Tengo la certeza que el Libertador no hallará eco.

Las negras estadísticas de seis años de la Alianza para el Progreso, no alcanzan a traducir la verdadera proyección social de su contenido en cuanto al drama humano y social que enuncian friamente.

La cifra de cesantía no reflejan el hambre de familias enteras agobiadas por falta de trabajo para el jefe del hogar, que no ha podido asegurar así el pan cotidiano.

Los guarismos de mortalidad infantil son incapaces de traducir el sufrimiento de millares y millares de madres de nuestro continente, que no reúnen los medios para comprar la salud para sus hijos y que no tienen como arrebatarlos a la muerte.

## PRESENTE Y FUTURO

América Latina no debe seguir siendo el continente de la naturaleza pródiga y sin embargo maldito para el hombre que lo puebla. Hay urgencia en borrar la realidad que nos golpea: la mortalidad de niños menores de un año, en once países, ascendía hasta hace poco a ciento veinticinco por mil, y en otros diecisiete países, a noventa por mil.

En 102 países del mundo esa tasa es en cambio, de 51 niños por mil.

En América Latina mueren sin asistencia médica 74 niños por cada mil en el primer año de su nacimiento. Hay países nuestros en que esa tasa alcanza a 300 por mil. Miles y miles de niños hasta los siete años mueren en América de enfermedades increíbles, de enfermedades evitables: diarreas, pulmonías, desnutrición, etc.

Más de 10.000 niños en cada país y no exagero, mueren todos los años en nuestro continente de diarreas de verano absolutamente evitables. Diez mil niños por cada país, 220 mil niños anualmente en nuestro continente.

Mientras en Estados Unidos la población de 15 años adelante logra una escolaridad de 8 a 9 años en América Latina esa misma población llega a un promedio de menos de un año.

Los niños entre 5 y 14 años se matriculan solamente en un 20 %, y en los de más alto nivel, un 60 %.

Más de la mitad de la infancia de América Latina no va a la escuela. Por eso tenemos 70 o más millones de analfabetos.

La matrícula de los tres primeros grados es más del 80 % de los matriculados y la matrícula en el sexto grado fluctúa entre los 6 y 22 alumnos de cada 100 que comenzaron el primero.

Es la pirámide de la incultura, reflejo brutal de una realidad económica y social injusta. De una educación de clase.

Fidel Castro decía en la segunda declaración de La Habana después de analizar nuestra realidad sanitaria y educacional:

*“El resumen de esta pesadilla es un continente de cerca de 230 millones de almas formado en sus dos tercios por indios, mestizos, negros y “discriminados”, que mueren de hambre, de enfermedades curables o de vejez prematura, alrededor de 4 personas por minuto, cinco mil quinientas al día, dos millones por año, diez millones cada cinco años.*

*Mil dólares por muerto.*

*Por cada mil dólares que se nos van nos queda un muerto. ¡Mil dólares por muerto! Cuatro veces por minuto”.*

Más sombrío se torna el panorama de este continente si proyectamos la miseria de hoy hacia el futuro. Advertimos cómo se distancian estos pueblos nuestros de las naciones desarrolladas, en las cuales la tecnología y la ciencia provocan diariamente avances notables.

¿Qué va a pasar a nuestros pueblos, a Latinoamérica potencialmente tan rica, promisoriosa y fe-

cunda si continúan los mismos índices de producción y las mismas relaciones del intercambio que hemos señalado? Veamos.

En 1900 éramos 60 millones de habitantes.

En 1950 éramos 158 millones.

En 1965 éramos 230 millones.

En 1970 seremos 364 millones y en el año 2000 seremos 638 millones de habitantes.

Hoy, el 60 % del pueblo latinoamericano tiene déficit cuantitativo y cualitativo en su alimentación. Faltan proteínas, grasas, vitaminas. La FAO afirma perentoriamente que debemos aumentar en un 200 a 300 % la producción agrícola.

De los 230 millones que somos ahora, 170 millones comen menos o mucho menos que lo indispensable. Ciento quince millones son analfabetos o semianalfabetos y sufren enfermedades endémicas. Y, aunque parezca extraño, millones y millones desconocen la moneda.

El crecimiento económico apenas cubre el incremento demográfico. Hay cada vez menos pan para un número cada vez mayor de bocas. La FAO, organismo de las Naciones Unidas, afirma en trabajos recientes, que la producción de alimentos por persona, para el consumo interno, en América Latina es inferior a la de preguerra y desde 1959 acusa un descenso continuo, que en el año 64 se estimó en 8 %.

Hoy somos 230 millones de habitantes y el continente tiene un déficit de más de 14 millones de viviendas. ¿Qué sucederá cuando seamos 360 o 630 millones? Sabemos que ningún país latinoamericano

construye en relación con el aumento vegetativo de sus gentes.

Hoy tenemos 3 millones de cesantes. ¿Qué va a acontecer el año 1970 o el año 2000, si no se aumentan las posibilidades de trabajo o de ocupación? Estos son los interrogantes que tenemos derecho a plantearnos. Esta es la dramática perspectiva que se puede vislumbrar.

La explosión demográfica, forma de auto defensa de los pueblos, nos señala lo siguiente: cada cinco segundos surge un habitante nuevo y, diariamente, 17.280 habitantes.

La natalidad varía de 8 a 7 %.

Diecisiete mil doscientos ochenta nuevos habitantes diariamente.

¿Bastará con planificar la familia? Rotunda y categóricamente decimos "NO".

Estamos en el umbral del desarrollo. Sin poder cruzarlo para ingresar al mundo actual de la era, precisamente, del desarrollo.

## DEBE Y HABER

Hace seis años se nos dijo que la Alianza para el Progreso nos abría la ruta. Seis años después, comprobamos que estamos más lejos de ese umbral; pero, como si el escarnio de las cifras no fuese suficiente para certificar nuestro atraso, ahí están, en Punta del Este, una vez más reunidos, para crear otra falsa ilusión, otro engaño.

Nada bueno pueden esperar los pueblos latinoamericanos de esa reunión de Punta del Este. Sa-

ben de antemano que allá en Punta del Este se hallan quienes se quedan con el haber, en el balance económico de cada día. Acá estamos a quiénes se reserva el debe.

Y esto lo anticipó ya alguien: ¿Quién? Martí. *"El pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa ni de Europa con un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América me obliga sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a la unión política"*. Y otra cita de Martí: *"Quién dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda; el pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político"*.

Veamos que es lo que ingresan al "haber" los Estados Unidos, en este balance de sus relaciones con América Latina.

No son hoy menores que antes el número y la magnitud de las empresas extranjeras que explotan nuestros recursos naturales y envían al exterior enormes utilidades que se sustraen de los recursos que podrían aplicarse a nuestro desarrollo interno. El año recién pasado, esas remesas de utilidades de empresas extranjeras representaron más de 1.500 millones de dólares, suma declarada y muy inferior a las utilidades reales, ya que resultan después de dudosos manejos contables sobre depreciaciones,

gastos en el exterior, sueldos y gratificaciones del personal extranjero que ocupa los cargos directivos, etc.

Los préstamos, que se presentan como contribución "generosa" del capital extranjero, dieron lugar en 1966 al pago de intereses —entiéndase bien, sólo de intereses, no de amortizaciones— por un monto cercano a los 600 millones de dólares. O sea que los beneficios declarados en forma de intereses y de utilidades de las inversiones extranjeras fueron en 1966 superiores a 2.100 millones de dólares.

Pero eso no es todo. Como los mismos intereses controlan directa o indirectamente los mercados mundiales, deciden sobre los precios de nuestros productos de exportación y los precios de los productos que tenemos que importar, la dominación imperialista se hace sentir con más fuerza a través del deterioro de los términos del intercambio de nuestro comercio exterior. Por esa vía, buena parte del esfuerzo de nuestros campesinos, de nuestros obreros de la minería y otras actividades, por aumentar la producción, no se traducen en mayores ingresos disponibles para nuestros países sino que se transfieren a la potencia imperial. Los estudios técnicos disponibles concluyen que, en relación a la situación de precios existentes en 1950, las pérdidas por el deterioro de la relación de intercambio representaron para América Latina más de 9.000 millones de dólares en el período 1951-60, y más de 12.000 millones de dólares entre los años 1961-66. Qué absurdo aparece frente a cifras de esa magnitud el regateo que ha precedido a esta reu-

nión de Presidentes para lograr 1.500 millones de dólares de "ayuda" norteamericana a la integración latinoamericana en un plazo de 5 años.

De una u otra forma, no es la voluntad nacional la que en cada uno de nuestros países decide como aprovechar nuestros recursos naturales y nuestras capacidades productivas, cuanto y como producir, qué grado de industrialización de nuestras materias primas ha de tener lugar en nuestros territorios, cuánto y a quién exportar, y ni siquiera cuánto y de dónde importar con los menguados recursos obtenidos de las exportaciones. De una u otra forma, esas decisiones siguen tomándose desde el centro del imperio. Todavía subsiste en algunos de nuestros países la autoridad abierta de la empresa extranjera en la plantación, el centro minero o la explotación petrolífera; en otros casos, su autoridad aparece disfrazada en dudosos arreglos de "empresas mixtas", de asociaciones con el capital nacional forzadas por la misma presión imperialista; y en muchos casos, como concesión a los símbolos de modernidad, se ha reemplazado la autoridad abierta del capataz de plantación por la autoridad delegada en el inspector del Fondo Monetario Internacional, representante moderno pero no menos auténtico de los mismos intereses.

Cambia la cara del imperialismo, pero no su naturaleza fundamental. No es la colaboración financiera desinteresada en casos de apremio la función a que responde el Fondo Monetario, sino la de servir de instrumento a los intereses imperialistas, dictando las condiciones a las que ha de ajustarse

toda la política económica de nuestros países para mantenerse fieles a los intereses del imperio. De ahí su insistencia en que se aplique un tipo de política anti-inflacionaria que mantenga bajos los salarios reales de nuestros obreros, y que limite los recursos que se canalizan a través del sector público y pudieran contribuir a nuestra independencia económica. Por la misma razón, no hay préstamos de la AID y del Banco Internacional si no se cumple con esas condiciones del Fondo Monetario; y una vez que se lo ha hecho, los préstamos que se conceden se condicionan en la mayoría de los casos a que se usen en compras en Estados Unidos, a que se apliquen de preferencia a obras de infraestructura que mejoren nuestra vinculación con el imperio pero no para afianzar un desarrollo industrial propio, y se establecen condiciones de tasas de interés y plazos de amortización que aseguren un grado creciente de dependencia. Desde 1950, según un artículo de Josué de Castro, la dura experiencia es ésta:

*“El 90 por ciento de los empréstitos a largo plazo concedidos a la América Latina por el Exim-  
port Bank de Washington han alcanzado a reeditar  
el 52 por ciento a los trusts y cartels. Por regla  
general, los acuerdos de empréstitos conducen a los  
siguientes resultados:*

*—Las mercancías americanas se suministran a  
un precio superior al que tienen en los Estados  
Unidos.*

*—Los empréstitos aprovechan a los monopolios  
instalados en los países ayudados.*

*—Las mercancías llegan en barcos americanos,  
asegurados por compañías americanas, y las ope-  
raciones bancarias se efectúan por intermedio de  
bancos americanos: así recuperan del 20 al 25 por  
ciento de las sumas prestadas”.*

Con razón Rodó expresó una vez: *“Si ha po-  
dido decirse del utilitarismo, que es el verbo del  
espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser con-  
siderados la encarnación del verbo utilitario”.*

Debemos repetir una vez más, *para ellos el haber,  
para nosotros el debe.*

## SINTESIS DEL DESPOJO

Todo esto representa una enorme injusticia, que urge reparar. Los pueblos nuestros se quedan con el debe, no obstante que ellos son los que extraen el cobre, el carbón, el salitre, el hierro, el estaño, el petróleo, de las entrañas de la tierra. No obstante que son ellos, nuestra gente, los que cultivan la tierra, sin que se les reserve en ella siquiera un lugar donde caerse muertos. Y no obstante también que son ellos, nuestros hombres, nuestras mujeres, nuestros jóvenes, nuestros adolescentes quienes mueven las fábricas, amasando la plusvalía que fluye a raudales hacia el exterior.

Corresponde preguntarse: ¿Hay congruencia entre nuestra miseria y los recursos latinoamericanos?

La respuesta es rotundamente negativa. Así, de nuestros territorios proviene el 71 % de las exportaciones de café;

Más del 65 % de los bananos;



Más del 50 % del cobre que se comercia fuera de sus fronteras de producción;

Cerca del 40 % del cacao, y más del 33 % de las exportaciones del petróleo, sin mencionar otros rubros importantes como algodón, estaño y otras materias primas.

Un ejemplo claro de la forma cómo los grandes monopolios internacionales explotan a los países latinoamericanos se puede apreciar en el caso de la industria del aluminio.

América Latina posee las reservas más grandes de bauxita del mundo. La producción latinoamericana de este mineral representa en la actualidad la mitad de la producción mundial. Sin embargo, América Latina sólo produce el 7 por ciento de la alúmina y menos del 1 por ciento del aluminio primario. La mayor parte de la bauxita es trasladada a los Estados Unidos y el Canadá donde es transformada en alúmina o aluminio primario y luego en productos manufacturados de aluminio, muchos de los cuales son exportados a los países latinoamericanos. O sea, en este campo se aprecia un claro ejemplo de un escaso grado de transformación de un producto en la región. Esta situación está determinada por el cartel internacional de aluminio integrado por la Kayser Aluminum Co, la Alcoa, Reynolds y Alcan, empresas norteamericanas o canadienses que dominan el mercado del aluminio y que tienen estrechas relaciones con el cartel internacional del cobre.

El mercado de mineral de hierro está controlado en un 80 por ciento o 90 por ciento por los grandes grupos siderúrgicos. Entre las grandes empresas monopólicas se destaca la United State Steel Corporation, la más grande empresa siderúrgica del mundo, con una capacidad de producción actual de 50 millones de toneladas. Esta empresa controla el 87 por ciento de la producción de Venezuela en los yacimientos de Cerro Bolívar. Sus dos subsidiarias más importantes, la Cía. Oliver Iron Mining Division y la Orinoco Mining Co. figuran en el primero y segundo lugar como exportadoras de mineral. El 13 por ciento restante de la producción venezolana, está controlado por la Bethlehem Steel Corporation, que ocupa el segundo lugar como productor de acero en el mundo y que extiende sus intereses a Chile y Brasil. Es interesante destacar el caso de Venezuela en el contexto de América Latina, ya que el control de su producción de mineral de hierro en manos de estas dos compañías norteamericanas representan poseer el 30 por ciento de la producción latinoamericana. El poder de las compañías norteamericanas se extiende a otros países de la región, llegando a controlar el 57 por ciento de la producción regional de mineral de hierro. Esta situación ha llevado a lo que se llama "mercado cautivo", en oposición al mercado libre, en el cual el control ejercido por los compradores, a través de la fijación de precios por parte de las grandes compañías, no permite la participación de los vendedores en el mercado del mineral.

En la historia económica de Chile, las tres grandes empresas del cobre han retirado del país más de 3.950 millones de dólares, las empresas salitreras 3.940 millones de dólares, en el hierro la empresa Bethlehem 970 millones de dólares y si a lo anterior se agrega lo retirado por las compañías extranjeras con intereses en los teléfonos, electricidad, comercio y otras compañías de la mediana minería del hierro y cobre, se alcanza una cifra que supera a los 9.000 millones de dólares, monto prácticamente igual al que se estima que representa todo el capital productivo de la economía chilena. Ruego meditar en lo que repito —9.000 millones de dólares— lo que representa todo el capital productivo de la economía nacional.

Como hacía notar hace poco Josué de Castro, en el Perú, la Anderson Clayton domina la producción de lana y algodón. La Grace Co., la Chase Manhattan Bank, la National City Bank of New York, la Northern Peru Mines, la Manconia Mines, la Good Year, fijan el precio de los productos agrícolas y controlan el 80 por ciento de las materias primas. La International Petroleum Company, filial de la Standard Oil Company of New Jersey, detenta el petróleo. La American Smelting Refining Company y la Cerro Pasco Corporation, que posee además tres millones de hectáreas de tierras, dominan el cobre y los otros productos minerales. La Bell Telephone Company tiene el monopolio de las comunicaciones.

En Venezuela se desborda el petróleo. Es el segundo productor del mundo, el más rico de los

estados del Caribe. Dispone del más fuerte ingreso nacional, pero tan mal repartido que la miseria consume la masa campesina.

La Standard Oil produce la mitad del oro negro, la Shell un cuarto, la Gulf un séptimo. La segunda riqueza, el hierro, pertenece a la Iron Mining, filial de la U. S. Steel. Las compañías americanas detentan reservas valuadas en 700 millones de toneladas. El grupo Cooper controla la siderurgia y Hawkins la petroquímica. La Reynolds obtuvo las reservas de bauxita de la Guayana venezolana.

En América Central, la United Fruit controla toda la economía de Guatemala, Nicaragua y Honduras. Los ferrocarriles, las instalaciones portuarias, los barcos, las estaciones de radio, los periódicos, todo le pertenece.

En México, la extracción e industria de los metales no ferrosos, a excepción de la plata, dependen de la American Smelting and Refining Co.; la Westinghouse se aseguró el mercado de los artefactos eléctricos; la Panamerican Airways la navegación aérea.

En el Brasil los capitales extranjeros, principalmente norteamericanos, dirigen el 50 por ciento de la industria del hierro y los laminados, el 50 por ciento de la industria de la carne, el 50 por ciento de la textil, el 72 por ciento de la producción de electricidad, el 80 por ciento de la de cigarrillos, el 80 por ciento de la producción farmacéutica y el 100 por ciento de la distribución de petróleo y gasolina.

Está también el caso trágico de la República de Panamá y su canal interoceánico. Para valorar la justicia con que se trata al país hermano, basta con citar un solo dato: sobre algo más de 60 millones de dólares que la Compañía del Canal —de propiedad del Departamento de Defensa de los Estados Unidos— recauda como peaje, le entrega a Panamá como toda participación, la cantidad de un millón novecientos treinta mil dólares. Y, a cambio de ello, ocupa una parte de su territorio, opera el canal y ha instalado una de las más importantes bases militares del mundo. Insisto, 60 millones de dólares para la compañía del canal y 1:930.000 dólares para Panamá. Creo innecesario hacer el más leve comentario.

## SE ACENTUA LA PENETRACION

Se están deslatinoamericanizando las industrias y hasta los mecanismos financieros de nuestros países .

Han bastado estos pocos años de vigencia de la Alianza para el Progreso para que no sólo se consolidara la dominación imperialista sobre nuestros recursos básicos, sino también para que se extendiera el control y la propiedad norteamericana sobre nuestras industrias de transformación y los mecanismos financieros. Los consorcios de los Estados Unidos se han instalado y siguen instalándose en nuestros países tomando el control de las industrias más dinámicas, de las que crecen con

mayor rapidez y que ofrecen mayores oportunidades de obtener grandes utilidades.

Es así como la industria automotriz de los países de América Latina está en su mayor parte controlada por 4 o 5 grandes consorcios de los Estados Unidos.

En México el 82 por ciento de las ventas de automóviles, camiones y otros vehículos corresponde a las filiales de la Ford Motor, de la Chrysler, de la General Motors y de Volkswagen.

En Argentina el 80 por ciento de la producción proviene de la Ford Motor, la Chrysler, la General Motors, la Kaiser y Fiat.

En Brasil sucede lo mismo, y las empresas que se están instalando en Venezuela, Colombia, Chile y Perú son también filiales de esas grandes empresas extranjeras.

Las pocas empresas automotrices nacionales están dejando de serlo, como la Fábrica Nacional de Motores de Brasil, que será vendida a capitales privados seguramente norteamericanos, por orden ministerial de enero de 1967.

También la industria petroquímica pertenece en gran parte a los consorcios de los Estados Unidos y las nuevas empresas que se forman en este campo son sucursales de ellas o asociadas, que es casi lo mismo.

Así, por ejemplo, en Venezuela se forma la empresa Unicar Petroquímica para producir polietileno para el mercado latinoamericano: el 60 por ciento de las acciones pertenece a la Unión Carbide. Se crea la empresa Química Carabobo, para pro-

ducir refrigerantes, sulfato de aluminio y otros: el 50 por ciento pertenece a la Allied Chemical.

En Brasil la Shell, en conjunto con Adela, adquiere una parte de las acciones de la Cía. Industrias Químicas do Nordeste.

En Guatemala se establece Mobil Exploration para actuar en el campo del petróleo y la industria petroquímica.

En Chile la Empresa Petroquímica Chilena se asocia en forma minoritaria con la Dow Chemical para instalar tres plantas petroquímicas.

El dominio que ejercen los monopolios de los Estados Unidos se observa también en el campo de las máquinas herramientas.

Un ejemplo se encuentra en la empresa norteamericana Stanley Works, que adquirió durante el año 1966 las siguientes empresas latinoamericanas: Herramientas Collins, de Brasil; Herramientas Universales, de México; Collins de Colombia y Herramientas de Guatemala.

No podremos salvar la línea de demarcación que señala el umbral del subdesarrollo, no por carencia de aptitudes de nuestros pueblos ni por falta de recursos naturales sino porque las fuerzas que los dominan, que los frenan, abrigan el deliberado propósito de impedir que así ocurra.

## IMPERIALISMO: SIEMPRE PRESENTE

El imperialismo es una realidad. No es una ficción. No es una consigna política.

*El imperialismo existe y para subsistir necesita que también existan y perduren las estructuras del subdesarrollo.*

La situación de subdesarrollo no confiere a nuestros países una originalidad propia en materia económica y política. Se encuentran ligados dialécticamente a los países avanzados por lazos de explotación y de dependencia que fluyen de la esencia misma del imperialismo. El subdesarrollo es hoy en gran medida un producto del capitalismo mundial, después de haber provenido, en una primera etapa, como producto del feudalismo colonialista en vastas regiones del globo que "perdieron el omnibus" de la revolución mercantil primero y más adelante, de la revolución industrial.

Atraen al capital norteamericano hacia América Latina cinco ventajas fundamentales: bajos precios de las materias primas; bajo precio de la mano de obra; utilización y explotación del capital local; régimen fiscal favorable, con amplias posibilidades de ocultamiento de utilidades y, por último, facilidades para transferir al extranjero estas mismas utilidades.

Desde un punto de vista más general, tres fundamentales razones sirven de incentivo al imperialismo: la posibilidad de vender en los mercados mundiales materias primas obtenidas en las regiones poco desarrolladas; expectativas de inversión de

capitales prácticamente ociosos y mercados para sus manufacturas.

Es importante poner de realce las enormes tasas de beneficio que el imperialismo implica para los inversionistas. Un estudio de la ONU, comparativo de las utilidades que obtienen las empresas monopolistas en Estados Unidos y en América Latina, demuestra un hecho: las ganancias en nuestro continente son superiores, según cada caso, en 50 a 20 % respecto de las alcanzadas en la metrópolis, dentro de una misma actividad.

El término medio de los beneficios realizados en la industria de transformación en Estados Unidos en los últimos tiempos se eleva a no más de 15 % en tanto que sus filiales en América Latina, superan el 33 %. Hay que precisar, además, que tales beneficios se reinvierten parcialmente en el mundo subdesarrollado, creándose una reproducción ininterrumpida de utilidades. Este fenómeno representa en la época de hoy una forma moderna de gigantesca plusvalía.

Hay un hecho adicional que certifica la importancia que Estados Unidos atribuye a sus inversiones en América Latina.

El 26 de agosto de 1964 se promulgó en Washington la ley denominada "Ley destinada a promover la seguridad y la política internacional de los Estados Unidos proporcionando asistencia a las naciones amigas y otros propósitos".

Estas disposiciones establecen un sistema de garantía y de seguro contra los "riesgos no comercia-

les", es decir, la expropiación o la nacionalización y la no remisión de utilidades al exterior.

¿Qué implica esta ley? Si, por ejemplo, se suscita alguna de las cuestiones previstas en ella, prácticamente se considerará que las empresas podrán traspasar al gobierno de Estados Unidos sus derechos, por una subrogación automática. De este modo, el entredicho entre las compañías y el gobierno del país en que operan se transforma en un conflicto con el gobierno de Estados Unidos. De este modo, el conocimiento del problema puede ser radicado, en última instancia, en la Corte Internacional de Justicia de La Haya, para su arbitraje. Es la hipocresía del puritanismo legalista. Primero la ley dictada para beneficio de ellos, por ellos; después, el atropello con aparente respaldo legal.

En suma: el imperialismo no trepida en vulnerar el dogma sacrosanto de la libre empresa —con sus riesgos y características— para dar origen a cuestiones que superan la órbita judicial ordinaria, expresión de la soberanía de cada país, con tal de afianzar el predominio de sus intereses.

## NI UN DOLAR MAS

En este balance entre el debe y el haber se ha llegado a un punto conflictivo, que yo quiero denunciar en esta alta tribuna. América Latina alcanzó ya a un nivel de saturación como continente deudor. Ya nada gana, en pro de su deseo de mar-

char hacia el desarrollo económico, con recibir recursos externos en calidad de préstamo.

El imperialismo ha conseguido su objetivo. Ha llevado a muchos países latinoamericanos a una situación tal de endeudamiento acumulado y de compromisos con esas deudas que los ha metido en el círculo vicioso de tener que pedir nuevos préstamos para pagar los anteriores aumentando de nuevo la deuda acumulada.

No hay que hacerse ilusiones respecto a esto. Nuestros países han llegado a un punto en que ya no le sirven nuevos recursos externos, en que no pueden esperar ningún aporte neto para financiar su desarrollo de un endeudamiento mayor.

Pienso que no habría ahora mejor colaboración que la de que no se nos diera un dólar más de préstamo, pero que se suspendiera al mismo tiempo el servicio de la deuda acumulada y la salida exorbitante de las utilidades de las empresas extranjeras.

Las soluciones hay que buscarlas ahora por otros caminos. Por los cambios estructurales y el esfuerzo interno; por condiciones distintas del comercio internacional y de los precios de nuestros productos exportables. Ahí está el verdadero problema de las relaciones económicas externas y de los recursos para aumentar nuestro ingreso y repartirlo equitativamente entre los distintos sectores de la población.

Pero esta realidad no tuvo cabida ayer hace seis años, ni lo tendrá hoy tampoco en Punta del Este. Al Departamento de Estado no le conviene, no le interesa, no puede aceptar estas medidas.

De ahí que se acentúe, día a día, nuestra condición de países mendicantes. Países débiles económicamente que somos, sin embargo, grandes exportadores de capitales y que seguiremos uncidos al yugo de los empréstitos que cada día nos hacen más dependientes.

Esta es la verdad de América Latina, de la cual no se hablará en Punta del Este, porque allí predominan quiénes representan los intereses económicos de los grupos privilegiados latinoamericanos y norteamericanos.

¿Qué puede esperar América Latina de esa reunión de Punta del Este?

Nada. Mejor dicho, nada útil para ella. Porque no logrará liberarse de las consecuencias nefastas que surgirán de ese cónclave, artillado, reservado.

El Gobierno de los Estados Unidos conseguirá vincular aún más al continente a su política y ello significará arrastrar América Latina a situaciones contrarias al progreso de la humanidad.

Los pueblos latinoamericanos serán enganchados —tal vez no oficialmente— en la agresión militar contra el martirizado Viet Nam, pese a que ellos no tienen ningún motivo para luchar contra esa nación. Los gobiernos latinoamericanos serán instados, una vez más, a contribuir a un mecanismo represivo militar y policiaco en el continente, que ya operó en forma abierta en 1965 en la agresión contra la República Dominicana. Hoy, se anunció en Punta del Este que se gesta una nueva reunión de la OEA, sin careta económica, cuya finalidad será preparar el clima para agredir a Cuba.

Los gobiernos latinoamericanos, renunciando a los propios intereses de los pueblos que controlan y dominan, intensificarán su acción negativa contra Cuba, acentuando el bloqueo económico y dejando en pie la posibilidad de permitir y aún servir de aval a cualquier acción militar contra la isla, por el solo delito de constituir un ejemplo para los explotados.

Que los gobernantes que rodean al Presidente de los Estados Unidos, en Punta del Este, sepan que están intentando una vez más torcer el curso de la historia o por lo menos contenerlo, para perpetuar en una negociación viscosa la garantía de sus privilegios.

Para calmar el hambre de millares de hombres y mujeres entregarán una declaración.

Para justificar su apoyo incondicional a la política exterior norteamericana dirán que el Presidente de los Estados Unidos ha ofrecido 15 millones de dólares al año a cada país, por un término de cinco años. Una sola compañía norteamericana, que opera en mi país se ha llevado nueve millones de dólares en utilidades hacia los Estados Unidos. En la agresión contra Viet-Nam gasta Estados Unidos en un mes, más de lo que ofreció para 10 años de Alianza para el Progreso.

Para atemorizar a los que no aceptan el engaño se seguirá gestando la creación de un cuerpo militar interamericano. Para esconder la crisis moral de los elementos de nuestra burguesía, que luego de nutrirse en las universidades, financiadas con el esfuerzo de los más, parten a trabajar pagados en

dólares en los centros científicos y técnicos de los Estados Unidos se colocarán carnadas en los centros de enseñanza del continente para que "piquen" los técnicos y los científicos y desechen sus afanes migratorios.

Pero muchos de los nuestros por su frustración o interés se habrán uncido al "american way of life".

## EL NUEVO ENGAÑO

Terminada la reunión de Punta del Este, el Presidente de los Estados Unidos partirá de retorno a su patria, con la fotografía que al fin consiguió tomarse con propósitos publicitarios, junto a los restantes presidentes de la América Latina, para usarla como respaldo ante los gobernantes de otros continentes, que alientan más y más desconfianza hacia su agresiva política exterior.

Los pueblos latinoamericanos quedarán sepultados bajo el alud publicitario que se montara sobre la base de la nueva fórmula de engaño: la integración económica latinoamericana.

Esta es la nueva consigna para el continente. La inyección de morfina se llama integración económica latinoamericana. Reemplaza a la Alianza para el Progreso, que ya no hace efecto.

La nueva táctica publicitaria ofrecerá mayores ventajas a sus creadores norteamericanos. Los comprometerá menos que la Alianza para el Progreso. Si la integración latinoamericana, se desacredita antes de lo presupuestado por los más optimistas

—como tendrá que ocurrir por su concepción— el gobierno de los Estados Unidos, proclamará que ha fracasado una “empresa de latinoamericanos”. Estados Unidos se muestra ante el mundo, con esta nueva táctica, como el mecenas que desea ayudar a los pueblos latinoamericanos a impulsar una política de desarrollo. El Presidente de Estados Unidos argumenta, con acento generoso: *“Esta empresa es de ustedes. Desarrollenla. Les deseo buen éxito e incluso les ofrezco una posible ayuda de 15 millones de dólares anuales, para cada país, para que puedan poner en marcha los planes integracionistas”*.

## LA INTEGRACION ECONOMICA

La integración económica constituye una anti-gua aspiración de muchos sectores, incluso por cierto de los partidos populares del continente.

Pero esta integración —esta que ahora se impulsa en Punta del Este—, no la aceptamos, porque tiene las huellas digitales del Gobierno de los Estados Unidos, y por lo tanto constituye otra maniobra del imperialismo, es otra consecuencia de ese flagelo que azota a nuestros débiles ecónomos.

Y no estoy haciendo una suposición. Por el contrario, me baso en un documento que, con el carácter de confidencial, envió el 31 de enero del año en curso, a los Cancilleres latinoamericanos el embajador de Estados Unidos en la OEA, Sol Linowitz.

El fondo de ese documento es claro. El propio Sol Linowitz lo define en “una nota explicativa”. *“El objeto del siguiente proyecto de programa anotado para la reunión interamericana de presidentes es ofrecer una base de discusión en la comisión preparatoria y, después de revisarlo, en la undécima reunión de consulta de ministros de relaciones exteriores”*.

El propósito del gobierno norteamericano de usar la reunión de presidentes para darle oxígeno a la Alianza, aparece planteado con claridad en el documento que cito: *“No hay duda de que los presidentes desearían primero reafirmar su adhesión a los principios de la Alianza para el Progreso y de expresar su intención de continuar ciñéndose a políticas de probada eficacia conforme a la Alianza”*. Está claro, pesa el lenguaje jesuístico.

En el párrafo uno del documento de Linowitz, titulado “Integración Económica Latinoamericana” se lee: *“Los presidentes afirmarían la finalidad de hacer del decenio de 1970 a 1980 un período de integración económica latinoamericana estableciendo tan pronto como sea posible un mercado común en que participen todos los países de la América Latina”*. No se trata de meros consejos. Parecen más bien “instrucciones” para los Presidentes latinoamericanos”.

Veamos con cuánta fidelidad han respetado las “instrucciones” los Presidentes latinoamericanos. En el Punto Uno de la Agenda definitiva de la Conferencia de Punta del Este se lee: *“A tales fines, los Presidentes de las Repúblicas latinoameri-*



canas hemos acordado tomar acción sobre los siguientes puntos:

a) *Crear en forma progresiva, a partir de 1970, el Mercado Común Latinoamericano, que deberá estar substancialmente en funcionamiento en un plazo no mayor de 15 años*".

Como puede apreciarse, el actual concepto de la integración latinoamericana es una receta que viene de América del Norte.

## LAS ASOCIACIONES: PELIGRO MAYOR

Hace diez años, ningún gobernante de EE. UU. apoyaba tal proceso. ¿Es que, acaso, EE. UU. ha descubierto que es mejor ayudar sinceramente a América Latina?

Nada de eso. EE. UU. ya encontró el medio de aprovechar en beneficio propio el proceso integrador. Por eso no sólo lo recomienda, sino se apresta a imponerlo.

En un momento, EE. UU. temió que la integración latinoamericana le crease los mismos problemas que le ha suscitado el Mercado Común europeo. Ahora, ha descubierto una nueva fórmula para el afianzamiento de su poder económico en el Continente. Y, por lo mismo, no le asusta el proceso.

La nueva fórmula es clarísima. Se trata de las asociaciones del capital imperialista con los intereses de nuestros países, ya sea que éstos se expresen mediante organizaciones del Estado o aun de empresarios privados. Pero la vinculación con el Esta-

do es la más frecuente, por corresponder tales asociaciones a negocios de tremenda importancia para el país de que se trate.

Aun economistas yanquis han reconocido la naturaleza genuinamente imperialista de las asociaciones. Afirma el tratadista norteamericano Víctor Perlo: *"Los objetivos específicos del imperialismo norteamericano en lo que atañe a la industrialización en América Latina consisten en lo siguiente: Limitar el desarrollo de las ramas claves de la industria pesada, que constituye el fundamento de la independencia económica. Aumentar la participación de EE. UU. en la industria creada, especialmente en los sectores de mayor responsabilidad y porvenir. Atraer a los capitalistas latinoamericanos como representantes de la minoría inversionista a las empresas controladas por EE. UU. y reforzar la posición política de los últimos en América Latina. Al respecto, los Estados Unidos acuden con creciente interés a la constitución de compañías mixtas y a la venta de títulos y acciones en las Bolsas locales"*.

A través de la asociación, el capital americano consigue:

- 1º) Protección para sus intereses, a través de un apoyo directo que los gobiernos prestan a los empresarios privados;
- 2º) Descartar las nacionalizaciones.
- 3º) Obtener utilidades sin riesgo de ofrecer blanco a las críticas de los sectores nacionalistas y socialistas.

Para incrementar la ilusión y el optimismo en los latinoamericanos sobre las ventajas de tales integraciones se esgrimen argumentos como este: los países latinoamericanos, con pocas excepciones, tienen mercados internos pequeños, de manera que sus industrias por su tamaño también reducido acusan costos altos. Si en vez de instalar varias plantas pequeñas en distintos países se instala una de vastas dimensiones para abastecer el conjunto de ellos, se obtienen costos más bajos. Y para que todos los países puedan aprovechar tales ventajas, será necesario llegar a acuerdos que permitan eliminar las barreras aduaneras que los separan.

La realidad no es así: en Costa Rica, antes de que se instalara el mercado común centroamericano existía una fábrica pequeña de cemento, que apenas se defendía en un mercado reducido. Con el Mercado Común pudo ampliarse, porque su fuente de consumo pasó a estar integrada por toda América Central. Pero hoy esa fábrica es norteamericana.

Eso es lo que quiso decir Kennedy cuando afirmó: *"Debemos apoyar toda forma de integración económica que amplíe los mercados y aumente las oportunidades de entrar a competir"*. Es lo que quiere decir el magnate Rockefeller cuando explica que ve con buenos ojos la integración latinoamericana porque *"el eliminar las tarifas aduaneras entre países se crearán mercados más amplios... que ofrecerán nuevas oportunidades de inversión"*.

Eso explica en gran parte el aumento de las nuevas inversiones privadas de los Estados Unidos

en la industria de América Latina. Son los norteamericanos los que se aprovechan de las ventajas del mercado común centroamericano.

En Guatemala se instalaron en los últimos 6 años 33 empresas manufactureras norteamericanas, entre ellas una importante refinería de petróleo. Algo similar ocurrió en El Salvador. En Nicaragua se instalaron, entre otras, la Oklahoma Cement Co. de Dallas y la Gulf American Co. de Memphis. En Honduras el Chase Manhattan Bank adquirió el 51 por ciento del Banco Atlántida. Numerosas empresas que estaban funcionando han sido adquiridas en forma total o parcial por los consorcios norteamericanos. Es así como son éstos quienes aprovechan las ventajas del Mercado Común Centroamericano.

Sería muy larga la lista de las nuevas empresas norteamericanas que se están instalando en los demás países de América Latina con los ojos puestos en la ALALC. Citemos solamente algunas de las que han llegado a Chile en los dos últimos años: American Cables Corp. se asocia con Madeco para ampliar la producción de cobre elaborado; Du Pont compra una parte de la Cía. Sudamericana de Explosivos; Singer Sewing Machine Co. instala una fábrica de máquinas de coser; Adela participa en las inversiones de la Compañía de Productos de Acero; Ford Motor Co. instala una manufactura de chasis; The Dow Chemical Co. se asocia en forma mayoritaria con la Empresa Petroquímica Chilena; etc., etc. Para facilitar las operaciones

el Bank of America adquiere un banco "con sucursales y personal"; el First National City Bank se lanza a capturar depósitos con una intensiva propaganda y el grupo Rockefeller continúa a la paciente pesca de acciones a través de sus fondos de inversión.

Esas son las empresas que aprovecharán la ampliación de nuestros mercados.

En los últimos años la penetración norteamericana en América Latina ha alcanzado a las instituciones financieras, con lo que culmina el proceso de dominación económica.

El Chase Manhattan Bank se asoció en 1962 con el Banco Lar Brasileiro y con el Banco Mercantil y Agrícola de Caracas, lo hizo también en 1965 con el Banco Continental de Lima y en 1967 adquirió el 51 por ciento de las acciones del Banco Atlántida, de Honduras, que es el mayor de Centroamérica.

En el año recién pasado el Morgan Guaranty Trust adquirió una parte del Banco Brasileño de Desenvolvimento (FINASA) que fue creado hace unos 8 años por un grupo de 22 bancos brasileños que tiene una amplia red de sucursales en todo el país. Además, el First National City Bank se asoció con otro grupo de bancos brasileños, para formar con ellos un nuevo Banco de Inversión.

En Chile, el Banco Italiano fue comprado recientemente por el Bank of America y el Banco de Osorno y la Unión ha recibido ya ofertas de compra.

En Bolivia, la organización financiera ADELA adquirió hace pocos días un paquete de acciones del Banco Industrial de Bolivia.

Todo esto viene a agregarse a las sucursales que de esos bancos tienen en nuestros países y a las sociedades financieras y fondos de inversión que dependen de ellos, como Inversiones Esso, de Colombia, los Fondos Crecinco de Brasil, Chile y otros países, etc.

Esta nueva forma de penetración tiene una finalidad bien clara: los consorcios estadounidenses que son dueños de gran parte de la industria automotriz, de la petroquímica, de la industria de maquinaria eléctrica y de muchas otras, tendrán ahora también los mecanismos financieros para facilitar el funcionamiento de esas empresas. Con los recursos provenientes de los ahorros y depósitos de los latinoamericanos, esos organismos financieros podrán otorgar préstamos a las empresas de los Estados Unidos que operan en nuestros países.

De esta manera nuestros países empobrecidos y sujetos al subdesarrollo, estarán prestando ayuda financiera a los grandes consorcios norteamericanos que nos explotan.

## AUTENTICA UNIDAD Y NO FALSA INTEGRACION

Deseo repetir parcialmente lo que expuse en la Universidad Santa María —de Valparaíso— hace 3 años:

“Ante todo estimo indispensable que aceptemos una clara diferencia entre la idea de la integración como legítimo anhelo latinoamericano y determinados arreglos o convenios bajo las formas específicas en que se vienen impulsando. Esto es importante porque no sería correcto afirmar que quién desaprueba una fórmula concreta —por ejemplo el Tratado de Montevideo— que estableció la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, esté en contra de la integración”.

“Así ocurre en nuestro caso. La verdad histórica es que la idea de la integración ha estado siempre presente en los planteamientos de los sectores populares latinoamericanos. No han sido las oligarquías de la región las que se han preocupado de hacerla ni mucho menos lo ha sido la Alianza para el Progreso, como se afirmó en estas mismas aulas hace pocos días”.

“La verdad es que ese propósito de integración forma ya parte de nuestra herencia histórica y ha sido durante mucho tiempo postulado esencial de las luchas populares. Basta recordar la concepción de Bolívar, la unidad política continental, como aparece expresada en 1815 en su famosa carta de Jamaica. El sentido de la unidad, a mi entender, es considerado por Bolívar desde un triple aspecto”.

1º — “LA UNIDAD HA DE SER LA EXPRESIÓN DE UN NUEVO SISTEMA DE NACIONES que, a diferencia de los viejos países, se fundan en principios de igualdad, justicia, libertad y progreso; en la idea de constituir un orden más perfecto y humano. Inspiradas en esos principios,

las repúblicas latinoamericanas tenían como misión el ser los receptáculos sociales de los grandes valores que moldearían la humanidad futura”.

2º — “La unidad debería ser garantía del progreso, lo que en el lenguaje contemporáneo denominamos “desarrollo económico social.””

3º — “Sólo mediante su unidad las jóvenes repúblicas, en cuanto a sistemas políticos y sociales nuevos y revolucionarios, podrían sobrevivir en un paisaje internacional, dominado por las intrigas e intereses de las grandes potencias”.

“A todo lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, la gran tradición emancipadora de los hombres de la independencia no murió. La idea de integración cultural de las repúblicas del sur, de compartir los mismos valores, los mismos problemas y los mismos intereses configuró una especie de unidad continental”.

“En pleno siglo XIX el sociólogo mexicano José Vasconcellos escribe que las grandes naciones industriales basarán su progreso en la explotación de otros pueblos, en la guerra y en la opresión. Pero en cambio el destino de la unidad continental de Latinoamérica dependería de la creación de un nuevo tipo de cultura y civilización, más justo y más humano”.

“Un planteamiento similar fue el del maestro de juventudes, José Enrique Rodó, cuando escribió Ariel, allá por el año 1900”.

“En fin, existen muchos otros hombres ilustres latinoamericanos que han mantenido este mismo

pensamiento, sobre la base de acentuar los valores propios de los pueblos de América Latina.

“En la Declaración de Principios del Partido Socialista de Chile, de 19 de abril de 1933, se expresa categóricamente: *“El Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica para llegar a la Federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y a la creación de una economía antiimperialista”*.”

“Posteriormente, nuestro Partido realizó el primer congreso de fuerzas populares de América Latina, en el año 1940, evento al que asistieron connotados dirigentes del hemisferio. Se propició la nacionalidad latinoamericana; se estudió la necesidad de revisar la historia latinoamericana y llegar a la publicación de un texto común; se consideró el establecimiento de escuelas fronterizas donde enseñarían profesores de diversos países; gran campaña de alfabetización obrera y campesina”.

“En lo económico, se propugnó la defensa de los precios de las materias primas; creación de un fondo común para catástrofes, sobre la base de un porcentaje de los presupuestos anuales de nuestros países. Personalmente me correspondió presentar un proyecto para la creación de la “Bolsa latinoamericana de minerales” y plantear las ideas, destinadas a establecer el seguro social continental, para dar al hombre de América Latina atención médica y subsidio por enfermedad en cualquier país de nuestro continente en que se encontrase; intercambio masivo de becas; creación de la central única de trabajadores latinoamericanos”.

“Se trató de analizar todos los problemas emancipadores de la región; la realidad social y las correspondientes medidas económicas y políticas que era necesario tomar; se quería llegar a un acercamiento concreto entre los pueblos para ir preparando las condiciones de una integración masiva”.

“Nosotros recogemos la vieja herencia de quiénes compartieron sus afanes y luchas entre la unidad latinoamericana y el mejoramiento económico y social de sus respectivos pueblos. Estamos, pues, sin reservas en favor de la integración. Es más, creemos que esa antigua aspiración sólo podrá ser realidad efectiva, cuando se modifiquen las condiciones políticas que hoy predominan en América Latina y la capacidad de decisión esté, efectivamente, en manos de la mayoría de la población de cada país y, en consecuencia, pueda decidirse por encima de los privilegios e intereses creados”.

#### ¿EN FAVOR DE QUIEN SE HARA LA INTEGRACION?

Pero apoyar la idea de la integración latinoamericana no significa aceptar cualquier camino, cualquier mecanismo. PORQUE LO QUE NOS INTERESA NO ES LA INTEGRACION EN SI MISMA SINO LA INTEGRACION COMO UN MEDIO, ENTRE OTROS, PARA ACELERAR EL MEJORAMIENTO DE LAS CONDICIONES DE VIDA DE LA MAYORIA DE LA

## POBLACION DE CADA UNO DE NUESTROS PAISES.

Por eso, porque tomamos como punto de partida preocupaciones fundamentales es que no podemos aceptar, indiscriminadamente, cualquier esquema de integración. Debemos antes confrontarlo a preguntas que para nosotros son esenciales: ¿En favor de quiénes se hará la integración? ¿Cómo se relacionan los esfuerzos de integración con las reformas estructurales que urge emprender en cada uno de nuestros países? ¿Se trata de una integración para reafirmar una personalidad propia e independiente de América Latina o para subordinarla más a uno de los bloques?

De aquí partimos nosotros, y es en el contexto de esas preocupaciones esenciales, que surge nuestro desacuerdo y nuestra oposición a lo que se ha planteado en Punta del Este.

Comencemos por reconocer el hecho de que el único paso concreto que se ha dado hasta ahora, ha sido el establecimiento de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, aparte de los arreglos especiales que han venido acordando los países centroamericanos. El Tratado de Montevideo, que estableció la ALALC, constituye un reflejo de cómo entienden la Integración y hasta dónde están dispuestos a llegar los actuales grupos dominantes. Pues bien, ha transcurrido ya tiempo suficiente como para comprobar hasta qué punto la idea de la integración ha sido disminuída en un cuidadoso afán de no tocar ningún interés creado importante.

No se ha mirado al futuro de una América La-

tina para que se desarrolle rápidamente y ofrezca cada día mejores condiciones de vida a sus pueblos. Por el contrario, la preocupación principal se ha puesto en "liberalizar lo esencial del intercambio tradicional", es decir, en las pequeñas fórmulas para hacer más fácil un comercio escuálido, de manera que no entre en conflicto con el mantenimiento del status en cada país.

A las negociaciones periódicas, de las listas en que se acuerdan las pequeñas concesiones recíprocas, no se llega, con el criterio abierto, de encontrar las cosas que puedan ofrecer más beneficio común, sino con las exigencias de los grandes intereses agrícolas y los monopolios industriales de que no se toquen sus privilegios.

Quién quiera ver las cosas objetivamente tendrá que arribar a una conclusión bien clara: por el camino de la ALALC no se llegará a la integración latinoamericana. Se lograrán entendimientos donde no haya contraposición de privilegios o donde pueda compensarse, generosamente, el interés privado que se afecte. El comercio entre los países de la región podrá pasar, por ejemplo, de un tres a un seis por ciento de su comercio global, pero de allí a una integración efectiva hay un abismo, que en el actual esquema político latinoamericano resulta insalvable.

Ya hay muchos decepcionados del camino de la ALALC y comienza a hablarse de la necesidad de nuevos pasos, algo más audaces. Pero como no se quiere ver la raíz del mal se recurre a esfuerzos para diseñar fórmulas y procedimientos diferentes

que operen el milagro de superar obstáculos que son de fondo.

El espejismo del mercado común europeo es el ejemplo que se busca sin comprender la diferencia de nuestras economías con las de Europa y la distinta realidad que somos.

Sin duda los países que forman parte del mercado común europeo han mostrado un importante ritmo de desarrollo muy superior al de América Latina o al de la economía norteamericana pero todavía por debajo a la de los países socialistas. No se dice que ese crecimiento ha representado en gran medida una recuperación natural de esas economías y no necesariamente es consecuencia exclusiva del mercado común.

Hay países europeos que han descendido ostensiblemente en su producción y por lo tanto han disminuído su crecimiento. Tampoco se dice nada sobre las concentraciones monopólicas que se han generado como consecuencia del mercado. Alemania Occidental ha llegado a concentrar el 45 % de la producción de la industria del conjunto de países que integran el mercado común, y que de los 43 grandes trusts europeos, 22 son germano occidentales y que allí tienen su sede ocho de los diez grandes monopolios.

Por otra parte las ganancias netas de los 35 grandes trusts de esos países casi se triplicaron de 57 a 63.

En cambio ha habido fuertes despidos de obreros y empleados y el poder adquisitivo de sus remuneraciones también ha descendido.

Por eso destacamos estos hechos que son muy graves y que se quieren pasar por alto cuando se quiere recomendar la receta del mercado común europeo como un molde para la integración latinoamericana ante el estancamiento de la ALALC. No hago ninguna consideración respecto a las pugnas entre Inglaterra y Francia sobre esta materia.

## EL PELIGRO PARA LOS TRABAJADORES LATINOAMERICANOS

No hay razón para suponer que los trabajadores latinoamericanos no enfrentarían riesgos similares. Al contrario, bajo las condiciones actuales ese camino puede ser aún más perjudicial para América Latina, porque se emprendería en condiciones bien diferentes a las que imperaban en la Europa Occidental en los momentos en que se puso en marcha el mercado común.

Allí se trataba de economías con rápido proceso de recuperación, capaces de lograr por lo menos durante un período tasas muy altas de expansión económica y con toda la flexibilidad inherente a una etapa de reorganización y reequipamiento industrial. Además, el intercambio recíproco era ya muy importante antes del mercado común y muchas líneas de especialización dentro de la región estaban claramente trazadas desde mucho tiempo.

Entre nosotros, en cambio, la situación es muy distinta. Se trata, en muchos casos de economías estancadas y aún, entre las que han mostrado cierto dinamismo, el proceso de redistribución re-

gresiva del ingreso ha sido muy acentuado. Es general, la limitación de recursos financieros y la capacidad para importar bienes de capital y la incapacidad para ofrecer oportunidades de ocupación al crecimiento de las fuerzas de trabajo han acumulado un serio problema de desempleo a veces abierto y en su mayor parte, disfrazado.

No es difícil anticipar lo que ocurriría si en estas condiciones se quisiera romper el estancamiento de la ALALC e imitar con más audacia el Mercado Común Europeo.

En primer lugar, la falta de capacidad de acción propia de los empresarios latinoamericanos dejará abierto el campo de las industrias de integración a las inversiones privadas extranjeras, cuya posición dominante se verá seriamente reforzada. Como no habría barreras al comercio dentro de la región, la localización de esas inversiones dependería más que nada del trato tributario y otros privilegios que ofreciera cada país, con lo que nos veríamos enfrentados a una carrera entre los distintos países por ofrecer cada vez condiciones más favorables a la inversión extranjera.

El caso de la explotación cuprífera de Toloquepala, en Perú, es digno de ser considerado, especialmente por Chile.

Esto probablemente obligaría a uniformar el trato a la inversión extranjera, pero sería ilusorio que en el establecimiento de esas condiciones comunes no serían las propias empresas extranjeras.—directamente o a través de otros mecanismos de presión— las que en definitiva impulsaran sus pri-

vilegios. Nos acercaríamos, pues, a la integración, pero no para beneficio de las empresas latinoamericanas, sino del capital foráneo.

En segundo lugar, se resentirían seriamente los esfuerzos ya muy pequeños de diversificación de las economías latinoamericanas. Enfrentados a la competencia entre sí, los empresarios de los distintos países tratarían, naturalmente, de defenderse reequipando y modernizando sus instalaciones tradicionales. Bajo otras condiciones esto sería positivo; pero en las actuales condiciones latinoamericanas significaría canalizar todos los recursos hacia una modernización prematura de la industria tradicional, perdiendo toda posibilidad de establecer nuevas líneas industriales y en consecuencia diversificar nuestras economías.

Corolario lógico de lo anterior, sería el agravamiento drástico del problema ocupacional.

La modernización de la industria significará disminuir la ocupación actual, sin que al mismo tiempo se creen nuevas fuentes para absorber la mano de obra que se desplazaría.

Por fin, la preocupación de la competencia con los otros países latinoamericanos y el aumento del número de desocupados crearían las condiciones para una gigantesca redistribución regresiva del ingreso; la pérdida de ingreso de los asalariados; la disminución del poder de compra de los sueldos y salarios terminarían por ser el elemento de ajuste. Tal como ha ocurrido con nuestra política de esta-



bilización, las víctimas principales de una integración mal concebida, serán los trabajadores latinoamericanos.

## LA INTEGRACION Y LOS CAMBIOS ESTRUCTURALES INTERNOS

No es éste el camino para la integración que nosotros apoyamos. Lo que nos preocupa no es el interés de las empresas extranjeras o el de unos cuantos monopolios nacionales que quizás pudieran compartir algo del botín, sino el de las grandes masas de campesinos, obreros y empleados, intelectuales y profesionales.

Por eso nosotros no podemos desvincular el problema de la integración de otro que nos parece fundamental: el de los cambios estructurales que es urgente emprender dentro de cada país latinoamericano.

Hay que jerarquizar y dar a la integración su sitio justo dentro del conjunto de los problemas básicos de América Latina. Esto hay que decirlo claramente, porque muchas opiniones interesadas quieren hacer aparecer la integración como una panacea que solucionará todos los problemas. Con argumentos falaces se está engañando a la opinión latinoamericana.

Se repite con majadería que nuestros mercados internos son muy pequeños y que en consecuencia, no podemos progresar sin arreglos que permitan trabajar para mercados más amplios, exigencia

que, según esas opiniones, sólo podrá satisfacerse por medio de un mercado común regional.

Nosotros no aceptamos verdades a medias como ésta. Porque, si bien la asimilación del fabuloso progreso técnico que se da en el mundo de hoy irá exigiendo escalas de producción cada vez más amplias, la magnitud de los mercados nacionales no es invariable y no es un hecho con el que hay que contar como fatal y que no pueda modificarse. Cuando se piensa en la decena de millones de latinoamericanos que hoy apenas si tienen acceso a manufacturas elementales, cuando se piensa en el tremendo mercado potencial que significan nuestros campesinos y la población marginal de las grandes ciudades, cuando se reflexiona sobre tantas legítimas aspiraciones de bienestar material que no puede satisfacer la clase media, no puede aceptarse que la magnitud del mercado interno esté ya dada.

Como no va a poder ampliarse nuestro mercado interno, si se piensa que los empresarios o gerentes tienen un poder de compra 16 veces superior al de un asalariado. Kaldor ha precisado en un trabajo difundido en nuestro país, que bastaría que nuestra clase oligárquica disminuyese en un 50 % su poder de compra, para que nosotros duplicáramos nuestra capitalización. Si se piensa que un campesino gana diariamente, en muchas provincias de Chile, 746 pesos y se paga en pesos un tercio de este salario y el resto en elementos accesorios, uno comprende qué poder de compra tendrá esa masa campesina.

Hay que recordar que en Chile el 38 % de nuestra población vive en el campo.

Este es el problema fundamental. Para resolverlo, la integración puede ser instrumento que ayude, pero no puede ser la solución. Por el contrario, hay que decir claramente que, para muchos, la integración es la forma de atender con más eficiencia las demandas superfluas de pequeños sectores de altos ingresos, o de abrir perspectivas a una que otra gran empresa industrial, pero no la forma de elevar sustancialmente los niveles de vida de las grandes masas de nuestra población.

Para nosotros, esto último es lo esencial. Comencemos por emprender los cambios estructurales internos que puedan conducir a corto plazo a una ampliación enorme de nuestros propios mercados nacionales; por desatar fuerzas y capacidades creadoras que van a traducirse en una expansión acelerada de cada una de nuestras economías. Entonces, dentro de este esquema de cambios y de progreso, aprovechemos todas las ventajas que puede ofrecer la integración para acelerar el proceso y volcarlo en beneficio efectivo de las masas trabajadoras de América Latina.

*¡¡No queremos una integración para evitar el cambio y fortalecer temporalmente la situación injusta que hoy existe!!*

*¡¡Queremos una integración al servicio del cambio, como un instrumento más que lo apoye y lo facilite!!*

Aparece claro que nada de positivo podemos esperar de la reunión de Punta del Este. Pero,

asimismo, resulta indiscutible que no es viable desentendernos del hecho gravísimo que implican su realización y su contenido. Por el contrario, debemos acentuar nuestra toma de conciencia, aprovechando este acontecimiento, determinado por las urgencias de la política interna norteamericana y por sus intereses económicos, con el propósito de practicar un recuento de las fuerzas de los enemigos seculares del progreso de América Latina y también medir nuestros propios recursos para la lucha.

#### DISTINTAS FORMAS DE LA AGRESION

Existe, surgido de la experiencia, juicio correcto sobre las reacciones del imperialismo ante los asomos de independencia en los pueblos. Allí están como prueba, su agresión a Viet Nam; su bloqueo a Cuba; la invasión de la República Dominicana y la cadena de golpes de estado que se anota en América Latina.

En 1963, dos años después de ser proclamada la Alianza para el Progreso, con ayuda del Pentágono los militares de cinco naciones derribaron a otros tantos presidentes constitucionales, entre los cuales se contó al democrático Juan Bosch, quien pagó su ingenuidad política típicamente burguesa. Bosch, como lo prueba en su libro "Crisis de la Democracia de América en la República Dominicana" era un convencido defensor de la Alianza para el Progreso.

En este instante, América Latina exhibe más gobiernos dictatoriales que antes de ser puesta en circulación la Alianza para el Progreso.

La toma de conciencia que se ha ido operando en los pueblos conduce al convencimiento progresivo de que sólo a través de un mecanismo unitario podrá enfrentarse, en términos proporcionales, al imperialismo.

Así, se llegó a la organización de la Conferencia Tricontinental de la Habana. Como se trata de una amenaza coordinada y directa contra el imperialismo, ha sido objeto de un incesante y calumnioso ataque. Así, hay naciones y pueblos que ignoran su genuina proyección.

La Tricontinental surge como una necesidad histórica de los pueblos postergados de Asia, África y América Latina.

El mundo en el que vivimos se halla fundamentalmente dividido en tres grupos. El primer grupo, cuyo núcleo principal aparece formado por las comunidades ultradesarrolladas instaladas en ambas costas del Atlántico, en América del Norte y en Europa, comprende los países capitalistas: Estados Unidos, Canadá, Europa, excluidas la Unión Soviética y las democracias populares e incluído también el Japón, Israel, Australia y Nueva Zelanda. Es la zona imperialista y aunque no representa más de un 20 % de la población mundial (700 millones) su producción corresponde al 60 % del producto mundial.

El segundo grupo se halla integrado por los países socialistas: La Unión Soviética, las democra-

cias populares de Europa, la China, Mongolia, Corea del Norte, Viet Nam del Norte y Cuba. Reune un tercio más o menos de la población mundial y su producto bruto alcanza a un 30 % del producto universal.

El último grupo, el Tercer Mundo, incluye toda el África, toda la América, salvo Estados Unidos, Canadá y Cuba; toda el Asia, salvo los países socialistas, el Japón e Israel; toda la Oceanía, con excepción de Australia y Nueva Zelanda. Estas naciones postergadas cubren territorios dos veces más extendidos que los países industrializados y cuentan con una población global de más de 1.400 millones de habitantes, es decir, un 47 % de la población total del mundo. Su producto anual no llega sino al 10 % de la producción mundial y el ingreso "per capita" es increíblemente bajo. Se trata de la zona sobre la cual gravita, prácticamente, toda la miseria del mundo.

Estos fueron los pueblos que estuvieron presentes en La Habana.

La experiencia corrobora que el imperialismo recurre a toda suerte de arbitrios para defender sus intereses. No vaciló así en crear la imagen de un loco en torno de la personalidad del Primer Ministro de Irán, porque éste intentó nacionalizar el petróleo. El imperialismo descargó su agresión contra Egipto, a raíz de que el gobierno de Nasser nacionalizó el Canal de Suez. Descargó también una guerra criminal contra Corea, cuando el pueblo de esa región hizo proclamar un estado socia-

lista. Por idéntica inspiración el mundo de hoy afronta el drama de Viet Nam.

## SIEMPRE LA VIOLENCIA

En América Latina el cuadro es claro. Sin considerar la acción contra Cuba y la ocupación de Santo Domingo, el prontuario del oprobio norteamericano es en extremo nutrido. He aquí una reseña de las agresiones que América Latina ha debido soportar desde el inmediato período poscolonial:

1831. — Ataques de marinos estadounidenses a Las Malvinas y destrucción de Puerto Soledad.

1835-36. — Participación en la Guerra de Independencia del territorio mexicano de Texas.

1845. — Anexión final del territorio de Texas.

1846-1848. — Guerra contra México y mutilación de la mitad de su territorio cercenándole dos millones de kilómetros cuadrados.

1853. — Imposición del Tratado de "La Mesilla" por el que México perdió otra faja de su territorio.

1855-1860. — Invasiones de William Walker en Centroamérica reconocido por el Gobierno de Estados Unidos (1857) como Presidente de Nicaragua.

1898. — Intervención armada en la guerra de Independencia de Cuba contra España.

1898. — Bombardeo de San Juan de Puerto Rico por fuerzas navales estadounidenses.

1898. — Adquisición de Puerto Rico, Guam y Filipinas, como despojos de guerra, conforme al Tratado de París.

1898-1902. — Gobierno militar de USA en Cuba, encabezado por el general Leonard Wood.

1900. — Imposición de los Tratados Hay-Calvo a Nicaragua y Costa Rica, para adquirir la ruta interoceánica.

1902-1904. — Imposición de la Enmienda Platt, que dio a USA el derecho de intervención en Cuba.

1903. — Imposición del Tratado Hay-Herran a Colombia, para obtener la ruta interoceánica de Panamá.

1903. — Independencia de Panamá, con apoyo e intervención armada norteamericana, para que Colombia no pudiera reivindicar su territorio.

1903. — Imposición del Tratado Buneau-Varrilla, por el cual USA tomó bajo su soberanía y a perpetuidad la ruta interoceánica a través del istmo de Panamá.

1906-1908. — Segunda intervención militar en Cuba, dirigida por Charles E. Magoon.

1907. — Intervención Fiscal en la República Dominicana, estableciéndose la Colecturía de Impuestos.

1907. — Imposición a las Repúblicas de Centroamérica de los Tratados llamados de "paz y amistad", concluidos en Washington.

1909. — Ruptura de relaciones con Nicaragua y primera intervención armada en esa república por Estados Unidos.

1912. — Tercera intervención militar en Cuba “para proteger vidas e intereses norteamericanos” so pretexto de disturbios políticos y raciales.

1912. — Refuerzos de la intervención en la República Dominicana, con marinos y soldados de infantería “para evitar revoluciones”.

1913. — Refuerzo de la intervención armada en Nicaragua, con más barcos de guerra, marinos y soldados de infantería.

1913. — Intervención del Ministro de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, en la política interna de México, con responsabilidad directa por el triunfo del cuartelazo de la Ciudadela durante la Decena Trágica y por el asesinato del Presidente Madero y del Vice-Presidente Pino Suárez.

1914. — Imposición del Tratado Bryan-Chamorro, por el cual Estados Unidos obtuvo a perpetuidad la ruta interoceánica de Nicaragua para construir un nuevo canal.

1914. — Bombardeo y desembarco de fuerzas estadounidenses en Vera Cruz.

1915-1934. — Ataque armado, invasión y ocupación de Haití durante 19 años.

1916. — Ratificación por el Senado de Estados Unidos del Tratado Bryan-Chamorro con Nicaragua, no obstante el fallo en contra de la Corte de Justicia Centroamericana.

1916. — Invasión de México por la “expedición punitiva” del General Pershing.

1916-1924. — Intervención total armada en la República Dominicana y establecimiento de un

“Gobierno Dominicano” constituido por oficiales navales estadounidenses.

1917-1919. — Cuarta intervención militar de Estados Unidos en Cuba, para forzar la reelección del Presidente conservador Mario G. Menocal (2.000 marinos permanecieron en la Isla hasta fines de 1919 con el pretexto de entrenarse para la guerra europea).

1921. — Intervención “diplomática” del Secretario de Estado, Charles Evans Hughes, contra la unidad de Centroamérica, hasta conseguir el fracaso de la Federación, inmediatamente después que Guatemala rechazó un ultimatum de Washington para que se otorgaran concesiones onerosas a favor de intereses monopolistas de Estados Unidos. La República Federal, por otra parte se había negado a aceptar como legítimo el Tratado canalero Bryan-Chamorro.

1923. — Imposición a las Repúblicas Centroamericanas de nuevos convenios suscritos en Washington y llamados también de “paz y amistad”.

1923-1933. — Presión y propaganda contra los gobiernos revolucionarios de México tildados de “comunistas”, durante los regímenes de Coolidge y Hoover en Estados Unidos.

1926-1933. — Tercera intervención armada en Nicaragua y ocupación militar del país por Estados Unidos. Bombardeos aéreos de pueblos y ciudades nicaragüenses. Como epílogo, asesinato del jefe de la lucha nacionalista de resistencia contra la ocupación, General Augusto César Sandino (21 de febrero de 1934).

1930. — Imposición en la República del jefe costabulario Rafael Leonidas Trujillo, las consecuencias de cuyo régimen subsisten hasta el día de hoy.

1931. — Intervención del Ministro de Estados Unidos en Guatemala, Whitehouse para imponer de Presidente a Jorge Ubico como se hacía en Honduras con otros candidatos de la United Fruit Company.

1933-1945. — Paréntesis de la Buena Vecindad, con el Presidente Franklin D. Roosevelt.

1948 (Abril). — Reconocimiento automático y ayuda estadounidense a todos los regímenes de fuerza en el continente, a partir de la IX Conferencia Interamericana celebrada en Bogotá.

1948 (Octubre). — En el Perú: Reconocimiento inmediato del cuartelazo de Odría.

1948 (Noviembre). — En Venezuela: Cooperación Petrolera y pleno respaldo "diplomático" a los autores del golpe castrense contra el Gobierno constitucional de don Rómulo Gallegos.

1949 (Enero). — En Paraguay: Relaciones oficiales inmediatas con el General Raimundo Rolón, Ministro de Guerra que derrocó al Gobierno Constitucional.

1950-1953. — En Colombia: Apoyo al régimen ultramontano, neofascista y sanguinario de Laureano Gómez, por haber enviado un batallón a la guerra de Corea.

1951. — En Bolivia: Reconocimiento inmediato del General Hugo Barrivián y los demás

militares que desconocieron la elección como Presidente de Paz Estensoro.

1952. (Marzo). — En Cuba: Espaldarazo a Fulgencio Batista, reconociéndolo sin dilación después que éste derrocó al Gobierno Constitucional.

1952-1954. — Operación Guatemala. Propaganda y conspiración de los grandes monopolios estadounidenses y del Departamento de Estado contra Guatemala. Intervención final de este Departamento, del Pentágono y del Servicio Secreto de Estados Unidos, con apoyo de todas las dictaduras caribes llamadas anticomunistas en una agresión armada hasta deponer al legítimo gobierno guatemalteco.

La acción norteamericana respecto de América Latina ha variado en su forma pero no en su contenido. Al "big stick" sucedió la política del dólar, a ésta la del buen vecino y ahora la doctrina Johnson. Siempre: dominio y dominio arbitrario. Así quedó en evidencia por ejemplo, al procurar el Presidente Johnson cohonestar la invasión a la República Dominicana. Dijo oficialmente ante su país: *"El embajador Bennet instó a vuestro Presidente a que ordenara inmediatamente un desembarco. Consideré que no podíamos y no debíamos vacilar. Se ordenó inmediatamente que nuestras fuerzas fueran a proteger las vidas norteamericanas"*.

La línea política norteamericana en América Latina no es un hecho aislado, sino forma parte de una verdadera estrategia mundial.

Estados Unidos ha comprobado que, merced precisamente al perfeccionamiento de la técnica bélica y al desarrollo de las fuerzas nucleares, sus fronteras ahora no son invulnerables. Por ello, ha acentuado su política agresiva. Uno de los puntales de ésta se basa en la concepción táctica que fija las fronteras estratégicas de Estados Unidos más allá de sus propias fronteras geográficas y consiste en hacerlas residir en una línea que comienza en Noruega, en Europa, y culmina en un conjunto de bases instaladas en el extremo oriente y en el sudeste de Asia; en el Paralelo 38, que separa Corea del Norte de Corea del Sur; en el Paralelo 27, que divide a Okinawa de otras islas del Japón, y en el Paralelo 17, que separa Viet Nam del Norte de Viet Nam del Sur.

En esta concepción, América Central y América del Sur figuran como territorios exclusivamente reservados para Estados Unidos, con el propósito de que en ellos ejerzan "protectorado" político y disponer así de todos sus recursos, tanto económicos como humanos.

Estados Unidos conforme esta política ha promovido la celebración de pactos que lleven a una especie de solidaridad automática con Washington a todas las naciones que se encuentran dentro de sus fronteras estratégicas. Tal es la esencia de la

OTAN; de la OTASO u Organización del Tratado del Sud Este de Asia, y la OEA con sus pactos militares y su mecanismo cada vez más penetrante de organizaciones paramilitares.

Esta política norteamericana comienza a troncharse. El retiro de Francia de la OTAN es un síntoma claro. Como revancha compensatoria, se ha intensificado la coacción sobre América Latina. La Conferencia de Punta del Este es un episodio de este proceso.

Para cumplir su deber antihistórico, la acción norteamericana tiene en América Latina que enfrentarse con los movimientos populares auténticos. La CIA y la integración económica latinoamericana son ahora las armas preferidas.

Donde no es posible mantener un régimen civil que garantice la seguridad de las inversiones americanas, con todas sus proyecciones hegemónicas lesivas para el desarrollo nacional se coloca el clásico militar de turno. En los países en que resulta viable una experiencia civilista se alienta el reformismo.

El reformismo, callejón sin salida para la burguesía latinoamericana, busca nuevas fórmulas de expresiones políticas para atraer al electorado. Se esgrime la publicidad como factor decisivo para distorsionar el sentir público. Pero al cabo de un tiempo fluye nítida una conclusión: América Latina exige cambiar en su esencia misma todas sus estructuras económicas, políticas, culturales y sociales. Es decir: una revolución genuina. El reformismo no logra ni siquiera, en mínima parte,

un avance social generalizado. Mantiene en sus rasgos decisivos el statu quo y el ingreso acumulativo anual no refleja aumento cuantitativo global. El reformismo sólo suscita en el medio latinoamericano un proceso abortivo que lleva al desprestigio de las grandes soluciones. *¿Y cuál es la causa de este fracaso? Una y simple: todo se erige a partir del imperialismo y del culto consecuente de la libre empresa.*

Ni aun en el terreno nacional estricto, la Conferencia de Punta del Este implica un avance. Por el contrario: en 1961 el gobierno norteamericano alentó las reformas agrarias, en aquellos países en que sus connacionales carecían de inversiones importantes en esta rama de la producción. En Punta del Este ahora echa pie atrás y desarrolla a la burguesía latinoamericana, eliminando la consigna de reforma agraria. Así fluye de la descolorida agenda de la reunión en la cumbre, donde se habla de una tan vaga como inasible "modernización de la agricultura".

Todo lo anterior configura en sus grandes rasgos el desolado cuadro de América Latina.

Surge entre nosotros un clamoroso llamado: la necesidad de emprender en términos definitivos la empresa de la conquista del desarrollo.

Salvo nuestras débiles burguesías ayuntadas al imperialismo, parecería ser que en las inmensas mayorías el problema radica en la apreciación de la mayor o menor urgencia para alcanzar la transformación revolucionaria de América Latina.

En la Conferencia Tricontinental de La Habana se hizo una confrontación de todas las experiencias de los movimientos populares y se llegó a algunas conclusiones muy concretas. El imperialismo practica en América Latina una táctica global de penetración, como lo certifica la Conferencia de Punta del Este. Por lo mismo, la vanguardia revolucionaria latinoamericana ha de proceder con idéntica conjugación. Así, se originó la OLAS.

Igualmente se comprobó que no resulta viable enunciar dogmas estratégicos ni recetas tácticas. En realidad, la condición particular y propia de cada país tiene que motivar el desarrollo práctico del proceso revolucionario. En los estados en que la fórmula eleccionaria y democrática pueda emplearse en su integridad, la lucha política de masas parece ser el vehículo más aconsejable. En aquellos sitios en que no se observa tal régimen de garantía, la guerrilla pasa a ocupar el sitio de núcleo propiamente político, desplazando en el papel directivo a las organizaciones partidarias. La carencia de organización democrática implica que el eje del statu quo es primordial y decisivamente el ejército oficialista. Por lo mismo, su destrucción resulta inevitable y he aquí el papel de la guerrilla.

En consecuencia, no depende de los movimientos populares las características que deba asumir su lucha contra el imperialismo y las clases nacionalmente asociadas a él, a pesar de que día a día resulta más evidente que se cierran las vías legales y democráticas. El pueblo no busca la violencia



